



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>







DIA 40

CARTA

6

COLOQUIO INTERIOR DE CRISTO NUESTRO REDENTOR AL ALMA DEVOTA,



En que le enseña como debe
conocerse á sí misma, y como
debe agradarle y servirle
con perfeccion.

Obra útil á toda clase de perso-
nas que aspiran á la perfeccion,

COMPUESTA EN LATIN

POR EL R. P. D. JUAN
Lanspergio monge cartujo; tra-
ducida por el de la misma ór-
den en Scala Dei, y posterior-
mente obispo de Urgel, Dn.

Fr. Andres Capella;

y dada nuevamente á luz á
impulsos del zelo de la Con-
gregacion de PP. del Oratorio
de S. Felipe Neri de Vich.

CON LICENCIA.

POR IGNACIO VALLS. VICH 1822.

*Qui ex Deo est, verba Dei
audit.*

Et quod si alioquin non esset
verbum deus, non potest esse
deum. Et hoc ob rem quod
dicitur, et hoc est equum, et ob

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

Es tan conocido el merito del R. P. F. Andres Capella piadoso cartujo, cuyos escritos propone el gran maestro de espiritu S. Francisco de Sales para ejercicio de la meditacion, que su nombre solo es el mejor elogio y recomendacion de esta traduccion, obra de su zelo, y que por hallarse entre las demás obras de aquel respetable Cartujo, no es de facil adquisicion para todos aquellos, á quienes puede aprovechar su detenida lectura. Igual dificultad habia en leerla original con los demás escritos del autor del mismo coloquio ó carta, el venerable cartujo Juan Lanspergio que murió en Colonia en 1539 con el nombre de Justo, que su virtud le grangeó ya durante

su vida. Esto ha movido á la Congregacion del Oratorio de Vich á dar separadamente á luz dicha carta ó coloquio, deseosa de que se haga general y asequible á todos la suave y sólida doctrina, que dicha carta contiene, no dudando que sea bien recibida de cuantos desean su propio aprovechamiento espiritual, y promueven el de sus prójimos, pues que todos hallarán en este escrito excelentes documentos para adquirir la perfección propia de su respectivo estado, escritos con una suavidad y unción extraordinaria, como puestos en la boca de aquel soberano Maestro de toda virtud y santidad, que al paso que nos exhorta á ser perfectos como su Padre celestial, nos asegura que su yugo es suave, y ligera la carga de sus santísimos preceptos y consejos.

PRÓLOGO del traductor.

Luego que leí esta carta del reverendo padre don Juan Lansbergio, mojige de nuestra orden, y hombre muy docto y versado en las cosas del espíritu, qual lo manifiestan sus obras, me pareció una obra muy provechosa y acabada. Porque amás de encerrar en sí una breve summa de cuanto se requiere para la perfección, está tratado con un lenguaje muy suave y acomodado para persuadir y ganar el alma. Porque como todo es un coloquio continuado de Cristo nuestro redentor con el alma, de concilia una suma atención, y da

grande eficacia á lo que se dice; y así me ha parecido, se daria á nuestro Señor por servido, de que una doctrina tan provechosa como esta se comunicase á todos; por lo que he tomado el trabajo de traducirla en castellano, lo cual confio en el Señor no será sin provecho. En la traducción he puesto mi principal mira á trasladar el sentido del Autor, y algunas veces he quitado, añadido ó variado algunas cosas, segun me ha parecido conveniente, para su mejor inteligencia, y por tener que expresarse en castellano. Pues muchas cosas es permitido decir en latín, que puestas en nuestro idioma presentan alguna dureza, y aun pueden servir de tropiezo, especialmente en estos últimos tiempos. Ademas de esto, es conveniente advertir para los que no tienen tanto conocimiento de las cosas espirituales, que

la perfección de nuestra alma
consiste, según se declara el an-
glicano doctor santo Tomás, en
la similitud con Dios, que es su
hultimopofitio y en esta unión es
tanto más perfecta, cuantos me-
nos impedidos hay entre Dios, y
el alma; siendo claro que una
cosa está tanto más unida á otra,
cuanto menores cosas hay entre
las dos. De aquí nace, según
se repite muchas veces en este
sóloquio, que para la perfe-
cción del alma se requiere, que
por lo que mira la voluntad,
esté desnuda y libre de todas
las criaturas, y por lo que mi-
ra al entendimiento e imagina-
cion, y libre también de toda
imagen y representación de los
mismas criaturas, porque estas
cosas ponen medio entre el al-
ma y Dios, y así impiden su
perfecta unión con él. Con de-
cir esto no se entiende que no
se haya de amar al prójimo,
sino que sea de amarse de tal

suerte, para que el amor sea perfecto, que se ame en Dios y por Dios, y cuando se ama así, el amor del prójimo no impide la union con Dios, ni ocupa el corazon con imágenes y representaciones, que distraigan y entretengan el ánimo apartándole de Dios. Ni tampoco se quita por esto la memoria, invocacion y veneracion de los Santos, en cuanto son amigos de Dios, y [Dios] autor de toda santidad es honrado en ellos. Cuando se dice tambien que todas las cosas se han de hacer puramente por Dios, buscando solamente su gloria, no se pretende condenar ni dar por malo, el obrar por la recompensa y premio de la gloria eterna, lo cual se puede hacer santamente: sino que se enseña la perfeccion, la cual consiste en que busquemos en todas nuestras obras la gloria del Señor principalmente, y el

cumplimiento de su santissima voluntad, y no nuestros intereses cualesquiera que sean; y aunque (como queda dicho) hemos procurado en esta traducion alcanzar, y quitar toda suerte de dureza y duda a estas y otras semejantes expresiones y modos de hablar, he creido deberlo advertir aqui, para que se pueda leer con mas luz asi este coloquio, como otros libros espirituales, en los cuales se encuentran con frecuencia estas maneras de hablar, recibidas entre los varones espirituales, y tomadas de los sagrados Doctores de la Iglesia. No creo sea necesario advertir (pues lo entenderán todos) que este coloquio no le escribió Cristo nuestro redentor, sino que su Autor, que es el que llevamos dicho, para hacer mas agradable y provechosa la doctrina que encierra, quiso escribir como si fuese una carta que Cristo nues-

tro redentor escribe al alma, pues que en realidad lo mismo que aquí se escribe, habla y enseña interiormente el Señor á las almas, que saben recogerse en lo mas interior de su corazón, y poniéndose á sus pies oyen su palabra.

COLOQUIO INTERIOR
DE CRISTO NUESTRO REDENTOR
AL ALMA DEVOTA.

Capítulo I.

Jesucristo Salvador de todos, rey del cielo y de la tierra, aparejado á recibir con abrazos de padre á todos los que con verdad desean su gracia y amistad, saludará su esposa el alma que le ama, por la cual de su voluntad se ofreció á la muerte para desposarla consigo. Hija mia muy amada, muchas veces te sueldo hablar al corazon con mis secretas inspiraciones, pero tu parece que disimulas, y así viendo que no respondes á ellas, ni las sigues como yo querria, movido del amor inmenso que te tengo, he determinado escribirte, para que siquiera leyendo mis cartas recibas mi amonestacion, la cual

parece que menosprecias cuan-
do anteriormente te hablo. Por
que mi caridad no sufre que
deje cosa alguna de las que
convienen para tu salud; pues
pudo tanto, que me obligó á
darme á mí mismo por tí. Y
aunque tú no correspondas
mi amor, teniendo como tie-
nes tu corazón inclinado á las
cosas exteriores, y demasiada-
mente aficionado, y apagado á
las criaturas; no puedo ya des-
jar de corresponder á tu cari-
dad con que te amo, que ex-
cede cualquier amor de padre;
con la cual no solamente te
parezco mi gracia y amistad, pe-
ro aun deseando tener por
esposa, estoy aparejado para
enriquecerte cada dia con ma-
yores riquezas y tesoros, si tú
quisieres. El no tener cuenta
con mis visitaciones, e inspira-
ciones te viene de que andas
muy fuera de tí, y así no sien-
tes ni echas de ver tu daño,

y perdicion, ni te conoces á ti
mismat: por donde cuanto me-
nos te lloras, tanto eres digna
de ser mas llorada. ¿Qué quie-
res que te diga hija mia? Ha-
bias ya de ser maestra de los
otros, y tu vida habia de ser
una si reprehension de los que
andau fuera de mi camino, y
tu buen plor habia de ser me-
dicina para los flacos, y tuas
palabras habian de encender
como fuego los corazones de
los que te oyen; y tu estas
aun detenida con las infieras
y vanidades, ocupada en co-
sas de poco provecho, y lle-
najan de otros pasiones tienes
tu corazon distraido, y ocupan-
do con las imágenes, y repre-
sentaciones de las cosas tran-
sitorias. Aun vive en tí el amor
propio, y si este no muriere,
nunca serás digna de entrar en
mi talamo: y así tú que ha-
bias de enseñar á los otros,
tienes necesidad de ser ense-

4
ñada. No te escribo esto por
que quiera desenlarte; sino pa-
ra que conozcas como estan las
fueras de tí, y para que veas
tu perdicion, y el peligro en
que vives; y para despertarte,
y haber que sientes y enojo.
Donde quiera que estuvieres;
y cualquiera cosa que hicieses;
nunca mis ojos se apartan de
tí, sino que siempre estoy mi-
rando, y escudriñando todas
tus obras y movimientos, y las
intenciones de tu corazon; y si
algo hallo en que no me seas
tan leal como debes á mí que
soy esposo tuyo fidelisimo, justa-
mente me ofendo y enojo;
pues yo por tu salud tuve per-
dido el sufrir tantos oprobrios,
é injurias, molestias, penas,
y tormentos, no solo con gran pa-
ciencia, pero aun con gran de-
seo y voluntad. & Quien, hija
mía amantísima, sufriria tales
cosas por otro, aunque le fuese
muy amigo? Y yo siendo tú

enemiga mia, antes que me hicieras bien alguno, ni me amases, ni conocieras, ni aun existieras, te amé, y padecí por tí innumerables dolores. ¿ Porque te apartas de mí? porque buscas alguna cosa fuera de mí? miserable eres, y vagabunda; si yo te dejo, á quien irás? si yo te desamparo, quien se amparará de tí? si yo te falto, quién te ayudará? Ay, ay, hija mia cuan engañada andas: á donde quiera que te vuelvas, y en cualquier cosa que pusieres tu corazon, no hallarás paz ni alegría verdadera, ni reposo fuera de mí. Tus sentidos te engañan, tus amadores te traen fuera de tí, y tú misma te echas á perder, desecharando la medicina, y tomando con tus manos la ponzoña. Ay hija mia, ay esposa mia, ! bien veo que los deleites, y regalos y las vanidades llevan tras sí muchas veces tu afición, y te apartan

de mí; pero hija mía, acuédate que eres mi esposa, y que tu corazon no debe amar otra cosa fuera de tu esposo, para que yo me contente de tí, y te ame: yo estoy con grande deseo esperándote: vuelve en tí y date á la devoción, á la humildad, y al desprecio de tí misma, para que merezcas que yo te hable mas familiarmente, y te visite con mayores y mas sólidas consolaciones. Yo busco un corazon casto, y fiel, y puro, que en todas las cosas me busque á mí: yo deseo en mi esposa un amor verdadero, una devoción ferviente, y una voluntad pronta, que corra con presteza á todo lo que fuere de mi servicio, y una intencion sencilla de agradarme en todo. Yo querria ver tu corazon libre de todo amor extraño, y si de esta manera me le ofrecieses, yo le llenaría de mayores consolaciones,

y de mayores dones que tu puedes desear, pedir, y aun entender. Cuando nte veo ocupada en otras cosas fuera de mí, no puedo acercarme á tí, y así deseo hallarte sola. Estoy llamando á la puerta lleno de dolores, y llagas por tí, deseando así llagado como estoy entrab en tu corazón para abrazarte, y apretarte conmigo con los brazos de mi casto y santo amor, y calentarte con el fuego que sale de mis llagas. O si me desconocieses, y amases á mi esposo fruto, sin duda no solamente me abrirías con gran prudeza las puertas, pero aun me estarias guardando con gran deseo; y cuando viniese, me recibirias, y abrazarías, y merecerias con esto gustar la consolacion verdadera de mi espíritu: desearias estar conmigo; como yo deseo estar contigo, y de aquí veedria á crecer en tí la fortaleza del espíritu, y da-

dulzura del corazon, y crecerias en la confianza de mí, la cual nunca en tí sera perfecta, hasta que vengas a alcanzar una entera pobreza de espíritu, con que pierdas todo vano contentamiento, y toda vana confianza de tí misma. Pero yo sé bien que es lo que te habrás tienés, y lo que te impide alcanzar tanto bien. Estás tu estómago tan estragado con el amor de las cosas del mundo, y está tan lleno de frialdad, que te hace aburrecer el matar nubes te hace de darte salud, que es mi palabra. Por esto no arrostrarás las cosas de devoción, desecharás la simplicidad, y la santa meditación se te hará trabajosa, y te parecerá que es perdimiento de tiempo. La afición cargada con las cosas terrenas, no puedes levantarte a mí, porque aunque trabajes por levantarka, al luego se vuelve a caer, y así estando, como

está, tu corazón derramado, y
 tu espíritu sin estabilidad y fir-
 meza; y tu pensamiento lleno
 de vaguedades, y tus afec-
 ciones pegadas á las cosas terrenas;
 las vigilias te son amargas, y
 no puedes reposar ni perma-
 necer en el recogimiento. Con
 todo esto te quejas porque no
 tienes consolaciones, y estás se-
 ca y estéfil. Si esto te acaecie-
 se sin negligencia tuya, como
 acontece algunas veces á mis
 siervos, no habría parque per-
 turbarte; pero como te venga
 por tu negligencia, y pereza,
 no tienes que quejarte sino de
 tí misma. Si deseas pues mi
 visitación, y consolación y uni-
 te conmigo, es necesario que
 menosprecies y deseches todo
 lo que agrada fuera de mí y
 te da deleite, y que te ocu-
 pes toda en mí, buscando con
 diligencia lo que á mí más me
 agrada, y contenta, y emplean-
 do en esto todas tus fuerzas

por contentarme á mí. Si esto hicieses, sentirás muy frecuentemente mi presencia, la cual algunas veces causará en tí una embriaguez de espíritu, y una alegría de conciencia, y una paz del corazon, y un sueño profundo de la dulcísima contemplacion. O si húbieses entrado en esta bodega del vino de mi amor, qué sed tan grande tendrías de él, y con qué fervor trabajarias por poder otra y otra vez gustar de él. Pero aquí nadie puede entrar sino aquel que me desea, y ama sobre todo, á quien soy todo en todas las cosas, que no sabe hallar consolacion fuera de mí, y se tiene del todo por indigno de mi consolacion, y con un mismo ánimo recibe de mi mano lo adverso y lo prospero, á quien todo gozo fuera de mí es tormento, y cuyo corazon está todo puesto en mí, y solo en mí reposa. Estos ta-

les son amigos míos escogidos,
por cuyas casas me entro muy
de buena gana, sin hallar cosa
que me estorbe, y con grande
abundancia me les comunico,
y revelo mis secretos, y los vi-
sitó de muchas maneras, segun-
que les conviene, para desperd-
iar en ellos la devocion, y
amor hácia mí. Algunas veces
ne les represento todo llaga-
lo, desnudo y ensangrentado,
y para que sientan mayor con-
solacion en su corazon, les doy
si tocar mis llagas, para que las
aven, besen y abracen; cuya
levacion aunque á los munda-
tos que no gustan de estas co-
sas, les parezca cosa de reír;
me es á mí muy acepta y de
grande provecho para ellos; de
tal modo, que olvidado por en-
tonces de los dolores que su-
frí, y de los pecados de esta
mi esposa, que así se compa-
dece conmigo, estoy todo ocu-
pado en consolarla y regalar.

la, y tengo por ganancia (aunque de nada tengo necesidad) cuando hallo tanta fidelidad en mi esposa, que me ama mas á mí que á ninguna otra cosa, y que á sí misma. Pero cuanto esta fidelidad me es acepta y agradable, tanto me es odiosa y aborrecible la ingratitud, la cual cuanto es de sí, renueva los dolores y angustias de mi pa-sion, pues hace que sea inútil y sin provecho, lo que yo padecí é hice por los hombres y su salud con inmensa caridad. Por tanto, cuando te vi-niere alguna tribulacion, ó aflic-cion, ya sea interior ya exte-rior, no recurras á las conso-laciones exteriores, sino á mí principalmente, con quien de-bes comunicar todos tus tra-bajos, y angustias. No te di-go que no comuniques tus co-sas con tu Padre espiritual, ó con otra persona que te pue-da dar consejo, antes te exhorto

que lo hagas así, y tá que te dejes regir por él sin contradiccion. Pero te aviso que te guardes de hacer esto por una manera de impaciencia, ó por jactancia para que sepan lo que padeces. Las quejas que quieras tratar coa los hombres, comunicamelas á mí en el silencio de la oracion, y deja en mis manos todas tus cosas, y quita de tí toda suerte de solicitud y enojo, fíate de mí, y ten paz y sosiego, que yo haré lo que te convendrá, aunque no siempre se harán las cosas segun tu gusto y voluntad. O si estuvieses acostumbrada á acudir á mí en tus angustias, y á esperar en ellas con longanimidad y paciencia en mí, sin duda sabrias por experien- cia con qué entrañas de padre, y de esposo amantísimo te envío las tribulaciones para tu provecho y utilidad, y así no habria adyversidad alguna de

cuantas te vieres, que no la
recibieses con grande voluntad,
y aun la esperarias con grande-
seo, y la estimarias en mas que
el gozo y consolacion aun es-
piritual: y aunque de ella no
resultase otro provecho para el
espíritu; esto solo seria de gran-
de alegría; y consolacion, sen-
tir que se ha hecho en tí mi
voluntad, porque al alma fiel
y leal mas consolacion le da
ver cumplida mi voluntad, que
no su provecho, aunque nun-
ca se hace en el alma lo que
yo quiero sin gran provecho,
y utilidad suya. Para guardar
la pizca del corazon en las ad-
versidades, importa mucho po-
ner delante de tus ojos lo que
yo hice y padeci en mi vida,
y llevarlo siempre presente
como si lo vieres; porque esto
te hará dulce todo lo que de
sí fuere amargo, y suave todo
lo áspero. Acuérdate, pues, siem-
pre de mi pasion, y ruégame

con continuos gemidos, que de tal manera imprima mis llagas y la memoria de mi pasion en tu corazon, que en todo lugar y tiempo me tengas presente con un ánimo lleno de compasion, en aquel modo con que estuve enclavado en la cruz, porque esta imagen quitará todas las representaciones de tu corazon, y si apartada de las cosas exteriores, y recogida en lo interior del corazon morares de esta manera contigo misma, y me estuvieres mirando como estaba crucificado, lleno de dolores, rodeado de penas, y de amarguras y como sin ser ayudado con consolacion alguna de mi Padre, daba voces diciendo: Padre mio, Padre mio, por que me habeis desamparado; inflamada con la virtud de mi pasion, concebirás un deseo ardentísimo de imitarme, y de padecer por mí, y de servirme sin consolacion alguna men-

nospreciada, y dejada de todos. Los que con este ánimo me sirven, y por sola y pura caridad: estan unidos conmigo, y perseveran fielmente en acercarse á mí por agradarme, y porque se haga mi voluntad en ellos, estos son fidelísimos, y escogidos amigos mios, y por mas secos y desconsolados que estén, y aunque estén cargados de tentaciones, y parezca que los he dejado y desamparado, verdaderamente son mios, porque á costa suya me sirven, y no se apartan de mí, aunque yo los azote. Pero no siempre los dejo de esta manera, porque al ver que se han desnudado de toda afición á las cosas exteriores, y que han renunciado á todo deseo de las criaturas por mi amor, y que dejándose á sí mismos se han puesto del todo en mis manos, y rendido enteramente á mi voluntad, no me puedo contener mucho, sin

que yo tambien me les dé á ellos, y los llene de mí, y los abrace, regale y consuele con mi consolacion, la cual es cien veces mejor, y mas pura y suave que ninguna dè las consolaciones mundanas, que por mi amor han renunciado. Esto no lo pueden entender los que fuera de mí buscan y reciben las peregrinas consolaciones. Es muy delicada mi consolacion, y así no se da á los que admiten otras consolaciones extrañas: es muy pura, y así no se puede mezclar con la que viene de las criaturas. ¿Pero porque piensas, hija, que tantas veces te repito esto? Lo hago para hacerte prudente, vigilante y recatada, y para que no te dejes enredar de los deleites terrenos y viles, ni te olvides de mí, pues yo no me puedo olvidar de tí, aunque tu salud esté pendiente de mí, y yo ninguna necesidad tenga

de tí. Yo deseo que tú estés conmigo, y goces de mi cumplida felicidad, pero ¿porque piensas que no lo hago esto siempre, pudiéndolo hacer? Sin duda por tu bien, para que crezcas en las virtudes y en merecimientos, para tu mayor perfección y gloria, porque con mi gracia puedes cada momento crecer, y ser mas rica en merecimientos; por donde verás cuan locos son, y cuan dignos de ser llorados, los que gastan el tiempo preciosísimo de mi gracia, no en honra mia, y provecho suyo, sino en vivir mal para condenarse. O si supieses, cuanto puedes crecer con mi gracia cada hora en espíritu y merecimientos, cuan preciosa cosa sea el tiempo, y cuan lamentable su pérdida, sin duda trabajarias mas y procurarias con mayor diligencia, que no se te pasase ociosamente y sin provecho: al sa-

lir el sol por la mañana se despertaria en tu corazon un sumo gozo, al ver que te daba aquel dia para servirme, y para aprovecharte. Piensa pues cada hora, y dí dentro de tí: esta hora y este momento me lo da el Señor que me ama, y me ha alargado hasta ahora el plazo y tiempo de mi vida, para que siquiera ahora comience á convertirme á él, y trabaje por agradarle. Hija mia, ten este aviso, que siempre pienses que entonces comienzas, y todo cuanto antes hubieres hecho, olvídalos. Cualquiera ocasion, ocupacion ó negocio que se te ofrezca, mira como puedes convertirle en gloria mia, y como puedes sacar de ello algun provecho para tu espíritu. Pero basta ya lo dicho. Hasta aquí te he despertado para que apartada de las cosas vanas, y cerradas las puertas de tus sentidos, te vuelvas á mí;

ahora falta que te dé una regla sobre el modo con que has de vivir piamente, y segun mi voluntad, lo cual inspirada por mí, sé que has deseado muchas veces. Porque veo que aun persevera en tí una vergüenza, con la cual, cuando oyes tus flaquezas y caidas, errores y tus negligencias, te confundes, y te dueles al ver que has tenido indignamente tanto tiempo el nombre de esposa mia. Pero pues deseas volver á mi amistad, no hay cosa a que yo mas desee en tí, porque este es mi gozo con vosotros, redibir los pecadores cualesquiera que sean, en mi gracia; ¿pues cuanto mas deseare que vuelva á mí mi esposa, que andaba apartada de mí, descarrizada entre las espinas y abrojos de las imperfecciones? Deseólo esto tanto, que tengo por bien de enseñarte el camino: vuelve pues á mí, y dame nueva alegría con tu vuelta.

CAPÍTULO II.

Regla de vivir segun el espíritu.

Pues comienzas, hija mia, á escucharme, y estar atenta á mis palabras, pasare adelante, y te diré lo que yo en tí deseas. Persevera en oírme, y vuélvete á mí enteramente, apartada para obedecerme en todo; vistete de un nuevo ánimo, y atiende á lo que de tí quiero. Cuando tus fuerzas no basten, recurre á la oración, para que por su medio, puedas alcanzar lo que te es necesario. Dí de esta manera: Libradme Señor de mis enemigos, á vos recurro; enseñadme á hacer vuestra voluntad, porque vos sois mi Dios. No me dejéis, Señor, y Dios mío; no os aparteis de mí, ni me desprecieis, Señor Dios de mi salvad. Atended en mi ayuda,

Señor Dios salvador mio, veisme aquí que deseo volver á vos, llevadme tras vos, y no permitais que me aparte más de vos. Hija mia, oye ahora lo que mucho antes dije á uno de mis siervos, escríbelo en tu corazon, y guárdalo bien. Compungida calla, humilde, mansa, y serena. En estas pocas palabras he comprendido lo que te es necesario, para que lo puedas tener mejor en la memoria, y mas á menudo lo puedas rumiar. Quiero que procures darte á la santa compunction, y al continuo trato, y conversacion interior, y que apartada y retirada de todo estés y mores contigo misma. Calle pues tu boca, y conserva puro tu corazon; seas humilde, mansa, benigna, y serena en toda tu conversacion, con quienquiera que trates. Examinate primero á tí misma, y penetra bien todo tu inte-

rior, para que puedas conocer si hay algo en tí que pueda impedir mi gracia; y que me desagrade, para que lo corrijas y te apartes de ello. Mira acerca de que cosas, y por donde eres tentada, y donde vieres que mas áthenudo, y con mayor impetu te combaten las tentaciones, allí trabaja de resistir con mayor esfuerzo, y donde te sintieres mas flaca, procura aplicar hallí mas eficaces remedios, trabajando por cortar y apartar de tí, en cuanto pudieres todo lo que vieres que te es ocasión de alguna ofensa, ó de que aproveches menos. Ofrécmel tu corazon limpio, libre y no inficionado con algun amor desordenado de las criaturas, ni ocupado con las cosas de este mundo, y procura estar siempre unida conmigo. Muchos hay que se quejan de no ser aptos para vivir espiritualmente, y para

la contemplación, y tienen ellos la culpa por su negligencia y pereza, por no querer hacer violencia al hombre viejo, ni perseguir en sí sus vicios, y procurar morir á sus desordenados apetitos. Andanse halagando, tragando y disimulando sus imperfecciones, y así traen siempre una carga muy pesada de mil molestias y perasadumbres. Pero si tú me amas, no tengas paz alguna con tus vicios; corta en tí los discursos, cuidados y ocupaciones sin provecho, y todo lo que no te ayudare para tu aprovechamiento, para que toda te ocupe en mí, y jamás te coides ni entrobras si no en lo que fuere para honra mia, y provecho tuyo, ó de tu prójima.

CAPÍTULO III.

Como se ha de morir á los deseos é inclinaciones malas.

Jamas te pares á leer ni escuchar ni rumores, ni novedades ni cuentos que provoquen á risa, ni cosa alguna de las que no ayudan á la compunction, porque estas cosas que sirven solamente para dar deleite y recreacion al ánimo, le suelen dejar lleno de imaginaciones y deseos vanos y superfluos. Apártate, y huye de los hombres mundanos, y de cualquier familiaridad y conversacion de alguna persona, cuyas palabras y obras no te edifiquen, y mortifica en tí cualquier amor sensual de las criaturas. En lo que toca á tu comida, procura estar tan amas-trada, que no tomes más de lo necesario, y esto no por el

gusto ni deleite que en ello sientes, sino para sustentar la naturaleza, y por respeto mio, para que no te falten las fuerzas para las cosas de mi servicio. Lo que solamente sirve para deleitar el gusto, no lo tomes, si lo puedes hacer bue-namente sin ofensa alguna de la caridad del prójimo. Igual-mente has de procurar echar de tí, y aborrecer toda blan-dura, y todo lo que es deleitable y suave á la carne, pero con discrecion y prudencia, teniendo miramiento á la cari-dad y á tu flaqueza, á los tra-bajos, y á todo lo demás que se debe considerar para que de tal manera persigas en tí la concupiscencia de la carne, que no destruyas la naturaleza. En las cosas que son necesarias, y no se pueden tomar sin de-leite, no busques en ellas el deleite, pero tómalas por res-peto mio, y por obedecerme

á mí que te he encomendado el cuidado de tu cuerpo. Finalmente refrena de tal modo tus sentidos, que no se vayan tras las cosas inútiles y ociosas, y no quieras ver, ni oír, ni tocar sino lo que fuere para gloria mía, y provecho tuyo. En todo lo que el hombre sigue su propio apetito, y busca satisfacer su voluntad que lo quiere así, hay vicio é imperfección, aunque esto sea en los gustos y consolaciones espirituales, porque esto es buscarse á sí mismo, y es poner medio entre él y mí. No hagas pues cosa alguna por sola tu voluntad, aunque sea buena, antes procura morir á toda cosa propia, y que en todas las cosas te muevas por la pura caridad, y con purísima intención de agradarme en todo.

CAPÍTULO IV.

De la guarda de la lengua.

Trabaja con toda diligencia y cuidado en tener refrenada tu lengua de tal manera, que no hables sino lo que fuere necesario, pensandolo primero, y esto con las menos palabras que pudieres con modestia, y benignidad, y sin voces. Huye y corta las ocasiones de hablar, cuanto puedes. Guárdate de toda palabra de detraction ó murmuracion, deshonesta ó de contencion y porfia, y de toda especie de donaire, liviandad y risa demasiada, y de toda palabra ociosa. Para que puedesuir del vicio de la detraction, propon de no hablar jamas de los ausentes, sino lo que fuere cierto, y de edificacion. Ten siempre á la mano algún modo de decir con

que puedas interrumpir las pláticas de los ausentes, y mudar la conversación antes que se pase a la detraction. Guárdate con mucho cuidado de hablar, ni permitir que otras te hablen de aquellos que te han ofendido en algo; ádhucia los cuales no sientes sperian perfecto y entero ahor, porque en semejantes conversaciones muy presto se pasa á la detraction, porque queriendo los otros consolarte á ti, ó volverte por tí, dicen algo en perjuicio del otro. Consérvate siempre quanto pudieres en el silencio, no solo exterior, sino tambien interior, procurando que no se oiga en tu corazon algun ruido de desordenados apetitos y pasiones, ni haya inquietud alguna de aficiones é inclinaciones malas, ni andes hablando dentro de tí o de las imaginaciones y fantasías de las cosas exteriores, antes procura con reposo, y

silencio, con un olvido de todas las cosas, como si estuvieses fuera de este mundo, hablar solamente contigo, y escucharme á mí, que te hablo en lo intimo del corazon. No seas porfiada, ni defiendas tu parecer contenciosamente; deja á cada uno que sienta lo que le parezca, cuando vieres que no aprovecha haberle avisado con paz y sosiego. No andes tampoco disputando, y altercando dentro de tí, sino encomiéndame á mí todas las cosas, y tú vive con silencio, y paz de corazon.

CAPÍTULO V.

De la vida apartada.

Huye la compagnia y familiaridad de los hombres, y án no pedirlo la hará mía ó provecho del prójimo, ni está sola. En la soledad te me comunas.

caré; porque la soledad, el silencio, la pureza y simplicidad del corazon me aparejan el lugar para mí; consérvate pues apartada de todas las eosas en soledad y silencio del corazon, reprimiendo las vagueaciones, y todo deseo desordenado. La naturaleza siempre busca su consolacion, y así ó exterior, ó interiormente siempre anda buscando en qué ocuparse que le dé recreacion, y se distrae de muchas maneras. Pero tú haz violencia á tus apetitos sensuales, y cohérvate apartada de las criaturas en soledad interior, cuanto lo permitan la obediencia y caridad del prójimo. Quita toda familiaridad con los hombres, porque es grande impedimento para la vida espiritual, en la cual tanto mas aprovecharás, cuanto mas te apartares de los hombres, y de las ocupaciones. Donde quiera que estuvieres, sola, ó con

compañía, trabaja en estar interiormente conmigo, apartada de las criaturas y desapegada de tí misma. Piensa que te han dejado sola en el mundo, y que no tienes de qué tener cuidado. Trata y conversa solamente conmigo, y no cuides de escudriñar las cosas de los otros, ni te entrometas en cosas que no te tocan. Si vienes algo de bien, edifícate, y si algo de mal no lo juzgues. Las palabras, y obras y costumbres de aquellos cuyos ejemplo no te edifica, no cuides de inquire las, ni notarlas, ni escudriñarlas, ni juzgarlas, ni deseas oírlas ni saberlas, antes bien procura ignorarlas, y si algo oyeres de ellos, en especial si es cosa con que se ofenda la caridad, o la buena reputación del prójimo sea disminuya en tí, procura apartarlo luego de tu imaginación, y memoria.

CAPÍTULO VI.

De no juzgar á nadie.

No sientas mal de nadie, y si algo vieres de malo, piensa que ha sido disposicion mia, el permitir que aquél cayese en ello; para la mayor humillidad y la profechamiento, y así no debes juzgarle ni despreciarle, sino gemir y dolerte de tu ingratitud, conociendo que mi gracia es tu la que a tí te conserva, la cual si te faltase, caerias más miserabilmente que ninguno de los demás. Y así dí: si este drubiese recibido la gracia que tú miséjome concedida, serviria al Señor con más fervor, y lessaría mas lagradez cido que yo. Y, piensa, que tocándole ya, muy presto se corregirá, o que está ya corregido; y, por ventura, es más santo y justo que los que no

juzgan. Y así cuando vieres que no sientes bien de tu prójimo, atribúyelo á tu temeridad, y reprehéndete por ello gravemente. Mira que debajo la capa de zelo se estondeen muchas veces el rencor y odio, el desabrimiento y la envidia, y lo conocerás en que cuando hay algo, no solamente querrías reprehender los defectos, pero aun las virtudes, y do que es bueno, se te figura malo; porque la vista del entendimiento está turbada con la pasión, y así cuando estás contra, guárdate de corregir, ni hablar, ni oír hablar de los defectos de aquel contra quien estás enojada, y mira no le lastimes, ni contristes por entonces con alguna palabra, ó con alguna señal, ni de digas algo con que le confundas, ni muestres haber notado en él cosa alguna reprehensible, especialmente como yo tengo dicho;

mientras perseveras en tí el descontento y amargura, y el zelo inquieto contra él, y que sientes deseos de que los demás noten su defecto, porque en esto no hay zelo de verdadera caridad, ni recta y sencilla intencion, pues si la hubiese, tendrías compasion de tu hermano, y procurarias excusar y sufrir su defecto, para que los otros no le vieran. Y si la culpa fuese muy grande, le corregirías en secreto con gran dolor de tu corazon, y rogarías por él con un corazon lleno de caridad y compasion. Hija mia, piensa en tus defectos, y en lo que te falta para ser digna esposa mia, y hazte sorda, muda y ciega para los defectos de los otros. Todo esto lo digo cuando el officio no te obliga á mirar por los otros, y corregirlos; ni la obligacion del precepto de la correccion fraterna te estrecha.

á ello. Piensa cuál estaria una doncella honesta y vergonzosa delante de un rey, de quien supiese que habia puesto los ojos en ella: y así considera como siempre, y en todo lugar estoy yo presente, y te estoy mirando. Mira pues con qué modestia, y con cuanta inocencia y reverencia debes estar delante de mí, que veo todos tus pensamientos, los deseos de tu corazon, tus intenciones, y cuanto hablas y haces. No te atrevas pues á hacer delante de mis ojos, lo que no harias delante de alguna persona de mucho respeto y santidad. Anda siempre delante de mí, y procura sentir mi presencia, y guárdame reverencia en todo lugar; y no trates ni pienses si no lo que sintieres que me agrada, y lo que te ayude para mas amarme, y reverenciar me. Tu paz no ha de estar en la boca de los hombres, ni en

que no tengas quien te contradiga, sino en la buena conciencia, y en mí. Debes mortificarel deseo desordenado que en tí sientes, de que los otros te amen y estimen. Déja á los hombres que son hombres, y sea todo tu cuidado el procurar como amándome á mí, puedas ser digna de que yo te ame. Vive con justicia acerca de tu prójimo, y ámale en mí, pero si te ama ó no, eso déjamelo á mí, y huye toda familiaridad, en especial de mugeres, si eres hombre, ó de hombres si eres muger. Si tuvieses tanto cuidado de agradarme á mí, cuanto tienes de no desagradar á los hombres, tendrías mayor alegría y gozo en tu conciencia, que si todo el mundo buscase y desease tu amistad.



CAPÍTULO VII.

De la pelea contra los vicios.

Seas fuerte y prudente para vencer y apartar de tí todo defecto, por pequeño que sea, porque si me amas perfectamente, no debes mirar como pequeña ninguna cosa que sea ofensa mia. Acuérdate de aquella tu primera caridad con que menospreciaste y dejaste tus parientes, hermanos y amigos, las riquezas, honras y lo que el mundo estima, y á tí misma por mi amor. Pues cuál es la causa de que ahora te vence una ligera tentacion, y te lleva tras sí un vil, y bajo apetito? Bien sabes cuan flaca y negligente eres para resistir á los vicios, y apartarte de los peligros, y huir las ocasiones de pecar, para negar tu propio juicio, y voluntad,

y para enmendar tus defectos:
Renueva pues en tí un propósito firme, con que te determines á perseguir en tí toda cosa que sea viciosa, y no dar lugar por nada de este mundo, á lo que fuere contra mi voluntad, y no dejar pasar por negligencia, ninguna cosa de aquellas con que me has de agradar, ni diferirla; en especial si es cosa á que estés obligada, sino luego que deba hacerse; hazla con esfuerzo y vigilancia, fiel y devotamente. Cuando sintieres que se levanta en tí algún movimiento de ira ó deshonestidad, de soberbia, ó algún otro vicio, guárdate de proferir alguna palabra, ó dar señal de aquel vicio, antes bien procura resistir al tal movimiento, reprimirle y sufocarle en tí del todo. Es eficacísimo remedio contra cualquier genero de vicio, el postarte luego á mis pies con

profunda humildad, reconociéndote por nada, y poniendo en mí tu confianza, darme voces sin parar, orando y confessando que de mí te ha de venir el socorro para vencerle. Anímate pues, y renueva cada hora tu buen propósito, y figúrate siempre que entonces comienzas; y cuando vieres que la naturaleza se cansa de tener que pelear continuamente con los vicios, y egercitarse en las virtudes, y que la carne se empereza y fastidia, y que anda murmurando y quejándose, debes entonces trabajar con mayor esfuerzo en mortificar tus pasiones. No te canses, ni ceses, para que no cese el influjo de mi gracia, y te deje que vayas tras de tus intenciones y apetitos, y vengas á hallar paz y sosiego en tus vicios, cesando en tí el remordimiento de la conciencia, que es un estado miserabilísimo y

peligrosísimo. Pelea varonilmente haciendo violencia á tí misma, y desea que á lo menos con el trabajo y molestia de la pelea (cuanto es de tu parte) satisfagas á las penas y amarguras, que pár-tí sufri en mi vida y muerte. No te cansas, no vuelvas atras, no te entibies, no dejes que te venga la pusilanimidad ó la desconfianza; y todas las veces que te vieres caida de tu fervor y propósito, procura levantarte y proponer de nuevo. Reparo en tí una cosa que te daña mucho, y á mí me desagrada, y es que algunas veces te haces pusilánime por tus caidas, defectos y negligencias, de tal manera que casi llegas á vacilar en el buen propósito, y á perder la confianza, por lo cual estás contigo misma pensativa, y llena de tristeza y afliccion, y no te vuelves á mí llamándome para que

42.
puedas, levantarte, como si ya todo lo pasado se hubiese perdidó. En lo cual muestras tu soberbia, y que cuando parecía que estabas en pie, confiabas demasiado en tus fuerzas é industria, y porque no te han salido las cosas como tú confiabas, por esto te has conturbado. Yo quiero que hagas lo que puedes, y que uses de tus fuerzas é industria, pero que no pongas tu principal confianza en tí. Y entretanto que no lo hicieses así, sepas que caerás muchas veces, hasta que aprendas que todo tu esfuerzo é industria, por sí sola no es mas que una caña fragil y quebradiza, en la cual el que estriba viene á caer. Pero mi ayuda y favor es la que hace al hombre fuerte, en la cual sobre todo has de confiar. No pienses que con solo un gemido, y con una vez que hayas peleado, y te hayas hecho

violencia, has de alcanzar las virtudes y perfección: debes perseverar en el combate y pelea contra los vicios con profunda humildad; y esperar con paciencia perseverando en la oración, para que pasado el tiempo de la pelea, merezcas recibir la corona. Y aun en esta vida, con la continua pelea, y mediante mi gracia se vendrán á disminuir los enemigos, y tú serás confortada; y lo que antes apenañas acababas de echar de ti, con un soplo lo vencerás. Por lo que mira á tus defectos, guarda esta regla, que todas las veces que cayeres en algun defecto, te vuelvas á mí sin dilacion alguna, gimiendo y llorando postrada á mis pies, y confiando en mí levántate, pesándote de lo hecho, y proponiendo de enmendar de allí adelante con mi ayuda. Yo tengo bien conocida la general flaqueza

de los hombres, y en especial la tuya, y aunque el caer nace de la fragilidad humana, el perseverar en el pecado es obstinación diabólica. Lo que yo en tí deseo es una buena voluntad de agrádarme, porque no hay cosa mas rica que la buena voluntad, y cuando tu vieres esta, aunque te falten las fuerzas, ó posibilidad, ó el tiempo para hacer algo de bien, no por esto te hagas pusilámine, porque entonces me basta la buena voluntad. Cuando tú piensas que estás mas lejos de mí, entonces estoy yo mas cerca de tí. Cuando mas te parece que me has ofendido, que has caído mas veces, y mas te has apartado de mí, entonces dame vuces con mayor instancia pidiéndome perdón. No te cansen las tentaciones, sino resistelas siempre sin dejarte vencer. Mientras resistes, no eres vencida, y cualquiera co-

sa que en tí sientas, si lo padeces contra tu voluntad, y resistiéndolo, no tienes culpa en ello, porque yo no miro á lo que sientes, sino en que consientes. El sentir es de la carne, pero el consentir de la voluntad; á la carne y á los sentidos se puede hacer alguna fuerza, pero á la voluntad no se la puede obligar á que consienta, si ella no quiere. Dos cosas hay en la tentacion, la una es aquello de que es la tentacion, que es el pecado, y á este nunca se ha de consentir, sino aborrecerle, y resistirle: la otra es el trabajo y afliccion que se padece en el resistir, y á esto te has de resignar para sufrirlo todo el tiempo que yo lo tuviere á bien, porque á mí no me has de resistir, sino estarme siempre sujetta. Pero yo sé bien lo que te aflige, y da pena, y pues tú tienes vergüenza de decir-

lo, lo diré yo, para que confies en mí que te remediaré, y consolare. Fatígate la tentación de la carne, no solamente de cada dia, pero aun continuamente, y te da gran molestia el haberte de resistir siempre, y por otra parte es imposible escapar libre de ella y sin pecado, sin que se pelee contra ella, y durando mucho la pelea, piensas que no es menos difícil que maravilloso el dejar de recibir alguna herida. Ciertamente es este un enemigo muy familiar, que siempre le llevas contigo, y no solamente no se te permite matarle, pero aun te ves obligada á sustentarte. Sus saetas son diferentes, y de muchas maneras hace guerra, y con gran fuerza y violencia causa ardores, movimientos feos, y torpes deleites, y sienten algunos en su carne como unas furias infernales. A esto se añaden las imaginacio-

nes, y representaciones deshonradas; y unas deleitaciones casi violentas, que parece se apoderan de todos los sentidos: más de esto es tanta la instabilidad del corazón que algunos sienten, que casi en el mismo momento en que se ponen á resistir, parece que los arrebatan, y como olvidados de sí mismos se ponen á pensar lo que no querian. Pues, entre estos combates dices, quese escapará? Quien se guarda rá limpio de culpa? Sin duda la buena y humilde voluntad, porque á esta no se le puede hacer fuerza alguna. Cualquier cosa que en tí sientas, mentirás de que la castidad no se pierde sino con consentimiento de la voluntad, ni puede haber pecado sin que sea voluntario. Aparta pues tu voluntad de todo lo que en tí sintieres, que por mas feas y torpes cosas que padezcas, no queriéndolas,

nada te dañarán. Clama abominando y detestando tales cosas, y dí: no quiero, no quiero, no consiento, no consiento. Vuélvete á mí con toda la fuerza que pudieres, y dí muchas veces: Señor ayudadme, piadosísimo Jesuc favoriceedme, pues no quiero ninguna de estas cosas: y si te acaeciere alguna cosa torpe, no te desanimes por ello, sino resiste siempre humillándote, y confiando en mí. Y ten por cierto, que mientras no hayas consentido con voluntad deliberada en alguna cosa torpe, no has perdido mi gracia ni la caridad. La angustia, y afliccion que sientes en la tentacion, es señal de no haber consentido, y esa debe consolarte, porque si hubieses consentido no sentirias esa afliccion, sino antes paz y sosiego. Pero dirás, es penoso el haber de resistir siempre, y negar á la carne lo que desea, no po-

der pensar lo que da deleite,
y tener que aborrecer lo que
la carne ama. Hija mia, entien-
de que en tí hay carne y es-
píritu, y lo que da deleite á
la carne, causa molestia al es-
píritu. Si es trabajoso á la car-
ne el hacerse violencia á sí
misma, y no puede aborrecer-
se á sí, reine el espíritu, y
sea este el que mande, y no
tenga á mal el domar y en-
frenar á su enemigo que es la
carne. Con la costumbre de re-
sistir, lo que al principio es
trabajoso y penoso, se hace li-
gero y fácil, porque cuantas mas
veces resistieres á tu enemigo,
tanto mas fuerte te haces y él
mas flaco. ¿No sabes que el
reino de los cielos padece vi-
olencia, y los que saben hacér-
selas á sí mismos, son los que
le arrebatan? Pelea pues varo-
nilmente, que cuanto con ma-
yor esfuerzo peleares, te será
mas fácil, y menos trabajosa.

la pelea. Y ademas de esto la guerra no durará siempre, y la corona que se dará al que venciere, será eterna. Segun que la guerra hubiere sido mayor, será mas gloriosa la corona. Si siendo tentada vencieres, tu premio será doblado, y cuanto mas fueres tentada de algun vicio, si resistieres, serás mas purgada de tus pecados. Y aunque en esta guerra y pelea, en especial cuando la tentacion de la carne es grave, se cometan algunos pecados veniales, que son como unas pequeñas heridas que se reciben, con todo eso la pena y trabajo que se pasa en sufrir la tentacion, y resistirla, quita la pena que se debe á los pecados veniales, y la caridad con que resistes al pecado mortal hace, que todo despues se convierta en mayor bien. No temas pues, hija mia, aunque mas dure la tentacion, perse-

vera en resistir, y si no puedes hacer que la sensualidad esté del todo sujeta á la razon, á lo ménos pelea siempre contra ella, porque esta pelea se te contará por victoria. Porque no solamente es bueno y digno de premio, el haber vencido el vicio, sí tambien el haberle resistido con todas las fuerzas, y muchas veces es mejor y mas provechoso haber sufrido mucho tiempo las tentaciones, e insultos del enemigo, y el trabajo de la pelea, especialmente cuando esto sucede por disposicion mia, y no por negligencia vuestra, que haber luego prevalecido contra él. Porque yo que soy justísimoy sapientísimo, miro el trabajo y esfuerzo de mis soldados, y aprecio mas su voluntad, que su poder, porque el poder vencer viene de mi gracia, pero el querer vencer nace de vuestro libre albedrío,

aunque no sin mi gracia y ayuda; y así aunque en lo uno y en lo otro concurra mi gracia y mi favor, pero en el querer el bien tiene mas parte el libre albedrío, que en el poderle obrar; y por esto, hija mia, yo miro mas lo que tú quieres que lo que puedes, y es justo que cuanto mas tiempo, y con mayor trabajo peleares, sea mayor tu premio en la otra vida, y en esta recibiendo mayor gracia.

CAPÍTULO VIII.

Que se ha de huir la ocasión de la tentacion.

Te has de guardar con mucha solicitud y cuidado de que no seas tu ocasión de tentacion, y de tu caida, y para esto procura huir de todo lo que te puede ser ocasión de tentacion. Refrena las divaga-

ciones de tus sentidos, huye las familiaridades y amistades especiales de las personas (las cuales muchas veces se cubren con capa de devoción y afición espiritual), porque suelen ser causa de graves tentaciones, de sospechas, de inquietud, de distracciones, y de aficiones desordenadas. ¿Si tu enemigo estuviese á la puerta de tu casa para quitarte la vida, le dejarías entrar? claro está que no, antes bien le cerrarías la puerta. Pues así también debes cerrar la puerta á las imaginaciones, pensamientos y aficiones sensuales, para que no entren en tu corazón, y me echen á mí de él. Ten tu corazón puesto en mí, y apártale de toda cosa sensual. Aflige tu carne con la abstinencia, huye de toda persona, de cualquier lugar, y de cualquier otra cosa que conozcas te es causa de tentación, y

vive con tanto recto y honestad, y con tanto zelo de la castidad y limpieza en tu misma, que ni te atrevas a mirarte los pies, ni parte alguna del cuerpo desnuda. Echa los malos pensamientos e imaginaciones importunas con el pensamiento de mi vida y pasion, porque mis llagas tienen especial virtud para esto. Y si he dado virtud a las yerbas y piedras para curar las enfermedades corporales, cuanta mayor virtud piensas que tendran mis llagas y mi pasion para curar las enfermedades espirituales, y para sanar y santificar las almas.

CAPÍTULO IX.

Como se han de vencer las tentaciones espirituales.

Si alguna vez fueres combatida de pensamientos feas y

terpes contra mí, ó mis Santos,
 y de infidelidad ó blasfemia,
 no te turbes ni hagas pusilá-
 nime, sino consientes; ni te con-
 gojes por confesar semejantes
 cosas porque mas tristeza traen
 consigo que deleite, y mas
 las padeces que las quieras.
 A mi esposa estas tentaciones
 antes la purgan, que la ensuci-
 cian ni lafean. Cuando el de-
 monio ve que apartada de todas
 las cosas, piensas en mí, tra-
 baja con semejantes pensamien-
 tos é imaginaciones á pertur-
 bar tu paz, é impedirte la unión
 conmigo. Y así en el tie-
 po mas santo, y cuando con
 mas fervor te ejercitas en san-
 tas obras, y mas procuras le-
 vantar tu entendimiento y unirte
 conmigo, con tanta mayor im-
 portunidad suelen venir algu-
 nas veces estas imaginaciones,
 causándolas el demonio ó el
 miedo que las tienes, porque
 cuanto mas las temes mas te

vienen: causas tambien el demonio, para que ocupandote en resistirlas, te apartes de otros ejercicios mas perfectos, ó desmayada y pusilánime, no te atrevas á acercarte á mí. Pero tú no hagas caso de estas cosas, ni cuides de hacer atenta á ellas para ocuparte en resistirlas, sino desprécialas como ladridos de perrillos importunos, y con esto se te irán. Porque cuanto mas querrás detenerte en resistirlas, mas las imprimirás en tu corazon y memoria, y mas te perturbarás. Procura tambien que ninguna tentacion te venza con la importunidad, porque el demonio cuando no puede vencer con el deleite de la tentacion, verá de derribarte con la importunidad y largo combate. Y advierte, que las tentaciones carnales se han de vencer huayendo de las ocasiones, pero las espirituales no, sino antes

en la misma tentacion procurando hacer lo contrario de lo que la tentacion te dice; así como la soberbia se ha de vencer, no huyendo de las ocasiones de ser humillado, sino antes buscando ocasión de humillarte: la envidia, hablando y usando de caridad con aquel contra quien te sientes tentados: la pereza, ocupándose en los santos ejercicios con fervor y perseverancia,

CAPÍTULO X.

Del modo con que se ha de huir toda suerte de envidia.

Huye cuanto pudieres de la envidia. No haya nadie á quien no favorezcas. No trates de disminuir á nadie; no te prefieras, ni contristes á ninguno, alégrate de que todos sean alabados, y de la prosperidad, honra, y bien de todos. Si te

sintierés tentada de envidia hacia alguno, en uno de dichos modos, procura ser más afable con la tal persona, y servirle en lo que pudieres; y guárdate de hablar ó oír hablar en ausencia suya cosa que sea en perjuicio suyo. Y finalmente así en las obras, como en las palabras, gestos y signos exteriores te debes guardar de todo lo que huele á envidia, y que nazca de esta mala raiz.

AL QUINTO CAPÍTULO XI.

Del modo de huir la singularidad.

En la conversación y trato con los otros no te muestres interiormente triste ó desabrido; antes bien procura mostrar un rostro sereno, para que tú conversación no sea pesada á los demás. Guárdate de toda sim-

gularidad en quanto hicieses, y en ceremonias ó señales de devocion no necesarias, cuando estuvieres delante de los otros. Pero en lo que conoiores ser necesario para tu alma, como es para alcanzar las virtudes yuir los vicios, no temas el singularizarte, ni cuides de conformarte con los demás, si ves que no lo puedes hacer sin detimento de tu salud y aprovechamiento espiritual, y aunque por esto te persigan los otros, ó hagan burla de tí, súfrelo todo con humildad y paciencia, por no apartarte de mi voluntad, que quiere tu santificacion y perfeccion.

CAPÍTULO XII.

De la devocion á la Madre del Hijo de Dios.

Tras de honrar y venerar con gran devocion á mi Madre,

saludándola muy a menudo, y procurando imitar su vida y virtudes, porque yo la puse en el mundo para que fuese ejemplo de toda santidad, inocencia y pureza, y para que fuese una singular abogada y favorecedora de los hombres, y un refugio para los que están atribulados y afligidos, á la cual nadie tema de llamar y recurrir en cualquier necesidad. Por esto la hice tan llena de mansedumbre, tan benigna, piadosa y misericordiosa para que no menosprecie á nadie, ni se niegue á ninguno, sino que tenga abiertas á todos las entrañas de su piedad, y no consienta que alguno se parta de ella triste, ó desconsolado. Tambien la hice graciosa, amable, y muy dulce y suave aun para los pecadores desesperados y obstinados, para que me sea como un anzuelo y cebo para cazar y ga-

nar en especial las almas de estos tales, lo que muchas veces logro con la devocion de mi Madre, en la cual hago que sientan mucha dulzura y consuelo, y los instigo á que hagan algunas obras pias en honra suya, y que la llamen e invoquen con gran confianza, para que de esta manera se dispongan y aparezcan para mi gracia; y así tú, hija mia, entiéndete á ella cada dia, para que por su medio recibas mayor gracia. Porque yo la hice tesorera de mi gracia, y le encomendé todos mis hijos en la persona de san Juan, cuando estando clavado en la cruz le dije que le tomase por hijo suyo, y eso lo sabe ella muy bien, y por esto es tan diligente y cuidadosa en mirar por los hombres, no permitiendo, cuanto es de su parte, que se pierda ninguno de cuantos á ella se encomiendan: si hay

quién procure con mayor cuidado, solicitud y fidelidad la salud de todos, siendo humilde, mansísima, llena de caridad, piedad y dulzura, y puede mucho conmigo, y me es muy acepta como aquella que es mi Madre. O cuanto yerran aquellos, que desprecian esta tesorería mía y medianera entre los hombres y mí, como yo lo soy entre ellos, y mi Padre, por cuyas oraciones y merecimientos é intercesión he perdonado muchas veces al mundo, y dejado de castigarle; y así el apartarse de su devoción es no tener quién se ponga de por medio entre ellos y mí, y quién me vaya á la mano, y me detenga el brazo para que no descargue contra ellos; y lo que digo de mi Madre, quiero también que entiendas de todos los otros Santos, y Santas del cielo, los cuales como están llenos de caridad desean y pro-

cúran la salud de todos, y en especial de aquellos que se encomiendan á ellos; y como me son á mí muy aceptos, pueden mucho sus oraciones para conmigo, cuyos merecimientos tengo siempre presentes, y quiero que sean honrados y reverenciados de mis hijos en la tierra, como yo los honro en el cielo y en la tierra, haciendo muchas cosas por su intercesión y merecimientos.

CAPÍTULO XIII.

De la devoción sensible.

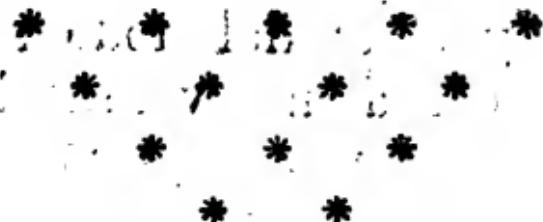
Sino sintieres devoción sensible, no estés triste ni omitas cosa alguna perteneciente á mi servicio, y hazlo con ánimo constante y firme aunque seco. Hay muchos que tienen muchas lagrimas y sienten gran dulzura de devoción, lo cual los hace mas santos, antes

D

algunas veces nace esto de una blandura natural y ternura de corazon compatible con el pecado mortal. Hallaras muchos que si leen, o oyen, referir alguna cosa de la lastima de quien quiera que sea, luego les corren las lagrimas, y lo mismo hacen cuando oyen hablar de mi pasion, y como por otra parte no procuran hacer mi voluntad, es claro que aquella ternura no les nace de verdadera virtud y devocion. Y asi si te faltare esta devacion sensible, procura tener la verdadera, que consiste en tener una voluntad pronta para las cosas de mi honra y servicio. Pero si la devacion sensible te falta por alguna disipacion ó libertad tuya, ó por alguna aficion ó alegria desordenada, ó por ocuparte demasiado en las cosas terrenas, y olvidarte del recogimiento y oracion, ó por alguna soberbia, ó vana



complacencia, ó por otra culpa tuya, lo has de sentir, dolerte por ello, y enmendarlo. Procura estar siempre unida conmigo con una buena voluntad, y un entendimiento puro, y no dejes cosa alguna de las que son de mi servicio, y de lo que acostumbras hacer, y sufre con paciencia el verte seca y sin consolacion, resignandote en mi voluntad. Y aunque en la parte sensitiva, y en el hombre exterior se levante algun movimiento desordenado, ó alguna turbacion ó pesadumbre, procura á lo menos que el hombre interior esté siempre sujeto á mí con tranquilidad, amando y recibiendo lo que es voluntad mia.



CAPÍTULO XIV.

Del modo de acercarse á recibir el Santísimo Sacramento.

Cuando hubieres de acercarte á recibir el Santísimo Sacramento del Altar no seas pusilánime, aunque te sientas sin devoción sensible, y aunque estés fatigada de graves tentaciones. Porque no es necesaria la devoción sensible sino la racional, con la cual sientas como debes de este Santísimo Sacramento y le honres, adores y deseas recibir para honra mia, y en hacimiento de gracias por los beneficios que de mi mano recibes continuamente, y para unirte conmigo, y estar del todo sujeta y rendida á mi voluntad. Si sintieres pues, hija mia, esta devoción, llega con dolor de tus pecados, y verdadero

propósito de la enmienda, porque no se alcanzan mis dones y gracias huyendo de mí; sino acercándote á mí, y así cuanto mas triste y desconsolada estuvieres, entonces debes acercarte mas á la confesión, y al Santísimo Sacramento para hacerte mas fuerte, mas constante y fervorosa. No te turbes, si sucediere, que cuando te acercas al Santísimo Sacramento sientes un horror y espanto, ó si te parece que no puedes pasar la hostia, ó que sientes alguna amargura, ni pienses que éstas sean señales de haberte acercado indignamente, porque esto antes nace de tu pusilanimidad, y del temor excesivo que tienes, el cual causa en tí estas imaginaciones, y hace que te parezca que sientas realmente lo que temes; y si cesase en tí este temor, cesarian todas estas cosas: y aunque yo podría remediar es-

to en tí y en otros, lo dejo de hacer por vuestro provecho, para que así os conserveis en humildad, y esté lejos de vosotros la soberbia. Seas pues fuerte y constante, y dejando toda pusilanimidad, con una conciencia sosegada y ánimo elevado á mí deséame en el Santísimo Sacramento, y bústame y recíbeme, pues soy benignísimo, clementísimo, misericordiosísimo, amantísimo y fidelísimo amador tuyo, protector, redentor y salvador tuyo. Y para que me recibas con mayor reverencia, amor y deseo, entiende que bajo las especies de pan recibes mi santísimo Cuerpo, aquel mismo que está glorioso en el cielo, y juntamente mi Sangre, porque mi Cuerpo no está sin la Sangre. Es igualmente mi alma y mi divinidad, que está unida al cuerpo y al alma, y toda la Santísima Trinidad, porque la una persona

no puede estar sin la otra, y así recibes al autor de tu salud y de tu felicidad. Y para que no temieses te convido yo y te mando que me recibas, porque mis delicias son estar con los hijos de los hombres, y mi alegría es hacerles beneficios, y así estoy á la puerta de vuestro corazón, llamando para entrar y cenar con vosotros y recrearos con mi mismo Cuerpo, y esto lo hago para que os acerqueis á mí con confianza y amor, y por ninguna turbación os priveis de mí.

CAPÍTULO XV.

De la discrecion y prudencia en los ejercicios.

Todos los ejercicios han de ser gobernados de la discrecion, para que no te dañes en la salud, y te hagas inútil, ni pierdas los bienes mayores del

espíritu por los ejercicios demasiados, y penitencias exte-
riores, ni por ejercitarte en otras virtudes pierdas la cari-
dad. Ten cuenta con la flagi-
za de tu cuerpo, y no te con-
sumas las fuerzas, y para esto
te amonesto que te rijas por
consejo de algun temeroso de
Dios, ó de tu superior, y seg-
un su parecer moderes tus
ejercicios. Y así si tu superior,
que está en mi lugar, te
mandare que no ayunes, ó que
no hagas alguna otra cosa,
que no sea ofensa mia obede-
ce, y piensa que aquello es lo
que más se conviene, y si por
obediencia comieres muchas
veces al dia, no me ofenderás
con ello. Mas con todo esto
ten siempre voluntad de hacer
abstinencia y penitencia, si en
tú estuviese, y así comiendo
por obediencia tendrás doble
merecimiento, lo uno por la
obediencia que haces, y la otro

por la voluntad que tienes. Busca y procura en tí, y en los otros donde quiera y cuan-
to pudieres, mi gloria y bene-
placito. No dejes por negli-
gencia alguna cosa que puedas
hacer. Trabaja por adelantar
siempre y crecer en el espí-
ritu. Pero con todo esto guár-
date de alegrarte y gloriarte
en tí vanamente; antes bien
debes siempre tener puestos
los ojos en tu nada, y recono-
cerme á mí por autor de todo
bien. Hay algunos que no se
contentan de llevar la carga
que yo les pongo, sino que
indiscretamente se mortifican
con abstinencias y otras peni-
tencias, por lo cual no solo
se debilitan, y hacen inhábiles
para obedecerme y seguir mis
inspiraciones, y para la guer-
ra espiritual, pero aun se ven
obligados á dejar los ejerci-
cios espirituales que habian com-
enzado, y ocuparse en rega-

barse. Y por tanto quiero que mires por tí, y tomes alguna recreacion, no por deleite, sino para confortar la naturaleza, y hacer mi voluntad, y para ser un instrumento de mi gracia, apto para aquello en que yo quiera servirme de tí, pero dispuesta siempre á saber tener abundancia ó padecer miseria, estar sana ó enferma, segun fuere mi voluntad y yo lo ordenare. Cuando vieres que no tienes necesidad, guárdate de huir de los trabajos y molestias que yo te envie, por impaciencia, ó poca devucion ó por amor propio; antes bien abrázalos con alegría, y llévalos con paciencia no dando quejas á nadie, sino sufriendo con longanimidad y esperándome. Déjame obrar contigo para que mediante la tribulacion, mi gracia obre en tí, porque los trabajos que yo te envio son mucho mas provechosos que los

que tú tomas por tu voluntad. Quiero, hija mia, que estés cierta de esto, y es, que nunca permito que te venga tribulación alguna que no sea para tu bien, si sabes resignarte en mi voluntad, y sufrir con silencio y magnanimitad esperándome, que aunque algunas veces parece que estoy ausente, jamas te pierdo de vista. Guárdate pues de desechar lo que yo te envio. Yo te gobernaré, fíate de mí y de mi providencia. Deja que yo y los otros hombres te crucifiquen, y entretanto persigue en tí los vicios y la naturaleza mal inclinada, y sufré con paciencia lo que te sucediere.

CAPÍTULO XVI.

De la conformidad con Jesucristo.

La esposa fiel debe amar tanto á su esposo, que no quie-

ra estar sin él un solo instante, y deseé conformarme con él en un todo, y se alegre quando vea que se le parece en algo. Así tambien conviene que lo hagas tú, hija mia. Mira mi vida, y lo que en ella hice, y mis virtudes, y aprende aquí, que es lo que yo amo y lo que me agrada en tí, y si eres esposa fiel, ninguna cosa has de desear tanto como el contentarme á mí y conformarte conmigo. Desea pues acompañarme, donde quiera que fuere, y cualquier cosa que vieres haya yo hecho, procura imitarla, y alegrarte si se te ofrece ocasion de conformarte conmigo en cualquiera cosa de las que yo he padecido. Esto á los principios se te hará dificultoso, por la resistencia de la naturaleza mal inclinada, pero mediante mi gracia con la buena voluntad y el continuo trabajo se te hará fácil.

CAPÍTULO XVII.

De la pobreza.

Considera pues, en primer lugar mi pobreza, y como siendo rico me hice pobre por tí; como vine á mi propia casa que es el mundo que yo crié, y mis criaturas no me recibieron, y viví peregrino y como si estuviera en tierra agena; nací en un establo estando mi Madre fuera de su tierra, entre animales; fuí reclinado en un pesebre encima de la paja; cuando mi Madre me presentó en el templo, dió por mí, ofrenda de pobres; siendo todavía niño anduve desterrado; mi Madre y mi ayo José me criaron con muchos trabajos no teniendo casa propia, y viviendo de limosna. Pasé muchas veces la noche en los montes. En mi pasión me des-

nudaron, y desnudo morí en la cruz; no teniendo una gota de agua con que apagar mi sed que era grandísima, ni con que mojar mi lengua que estaba muy seca. Despues de muerto fui sepultado en un sepulcro ageno. ¿ Cuantas veces en el discurso de mi vida padecí hambre, sed frio, y otras incomodidades del cuerpo? Renuncié á las consolaciones corporales, aun aquellas que muchos tienen por necesarias, sufriendo en todo falta y necesidad, y tú teniendo todas las cosas á tu voluntad, piensas que tienes pobreza, y muchas si te falta alguna cosa aun de las superfluas. Mira pues mi pobreza, y no te entristezcas, aunque veas que otros tienen mas cosas que tú y que estan mas provistos. Si fuesses perfectamente pobre te habrias de avergonzar de ver otro que fuese mas pobre que tú, como

lo hacia mi siervo san Francisco, y en esto la envidia se-
ria santa, no pesándote del
bien del otro, sino de tu de-
fecto y falta de virtud. Alé-
grate pues y ten por una señal
muy grande de mi gracia y
por don muy singular, cuando
te vieres con alguna grave
enfermedad, ó con mucha po-
breza, ó muy abatida y me-
nospreciada, y abrázate con mi
cruz, negándote á tí misma y
callando. Que te aprovecha,
hija mia, haber dejado el mun-
do las riquezas y las honras
si te inquietas por un alfiler,
y estás aficionada á una cosa
vil de tal manera, que por po-
seerla ó no perderla porfiás,
te entristeces y pierdes la paz
y caridad con tu prójimo ?
Determinate pues desde ahora
con un ánimo muy firme á
despreciar todas las cosas por
mi amor, y no querer tener
sino solamente lo que te fue-

re necesario, y de sufrir con gusto la pobreza y cualquier necesidad, para que me puedas poseer á mí á quien has de amar y estimar mas que á mil mundos. Qué dudas hija mia? Qué te detienes? esfuérzate con mi ejemplo, enciéndete con mi amor, anhela por la pobreza, y ama verte desposeida de todas las cosas. Esto digo en quanto mira á tí, porque á los otros los has de tener por dignos de toda consolacion, como aquellos que son mis fieles siervos, mejores que tú que eres ingrata y miserable. Y así compadeciéndote de ellos con caridad, ayúdalos, y sírvelos en todo lo que pudieres. Piensa que todo lo que tienes es ajeno, para que ni lo poseas con demasiada afición, ni te duela el perderlo, y piensa que todo te ha sido dado para uso de los otros para que lo comuniques de muy buena gana.

CAPÍTULO XVIII.

De la humildad.

A borree, hija mia, con todo el corazon las honras y glosria del mundo, y los favores de los hombres, las lisonjas y regalos, y juzga que eres una ebsa ingratamente indigna, y que si yo te trataba qualche mercedias, habias de ser aborrecida de todas las criaturas, y perseguida de todos, y asi esta siempre dleante de mi pidiéndome misericordia. No confies en ti vanamente. Rídege con lagrimas y gemidos que te dé perfecta humildad, con la qual ames no ser conocida, y ser despreciada y tenida por vil. Abraza de buena voluntad los oficios mas bajos y viles, y lo que los otros menosprecian, temiéndote por mas indigna y vil que todos. No manifies

tes cosa de tí, de donde haya de seguirse gloria y honra, á no ser que la caridad ó necesidad te obligue á ello para gloria mia. No te jactes, ni hagas vana ostentacion de tus eosas. Guárdate de enojarte ó mostrarte triste con aquellos que te ofenden ó menosprecian; ni tengas resentimiento alguno contra ellos, antes debes admirarte de que todas las criaturas no te persiguen para tomar venganza de tí que me has ofendido. A mí criador de todas las cosas obviamente me pongo en una actitud de alabanza.

CAPÍTULO XIX.

Cómo se ha de alcanzar la humildad. En el siglo
Para alcanzar la humildad considera mi magestad, omnipotencia, sabiduría, y bondad; que soy eterno, inmenso, infinito, inefable, incomprehensible.

ble, de quien todas las cosas tienen el ser, y que con sola mi voluntad puedo aniquilar todas las criaturas, deshacer toda la maquina del mundo, y volverle á hacer otra vez. Y con ser tanta mi magestad, no por necesidad sino por mi sola voluntad quise criaros á vosotros á imagen y semejanza mia; para comunicaros mis bienes; y haceros participantes de mi bienaventuranza, y como por el pecado hubieseis perdido mi gracia, y caido de la dignidad en que os habia criado, y os hubieseis hecho indignos de la gloria eterna, y merecedores de las penas del infierno; tuve á bien hacerme hombre por vosotros, y viviendo en este mundo treinta y tres años padeci hambre, frio, sed, calor, y muchas incomodidades, trabajos, persecuciones, desprecios, injurias, azotes, llagas, dolores, y finalmente muerte

de cruz, para redimiros de la muerte eterna. Viví, hija mía, en el mundo no como Dios, ni como aquel que soy todo poderoso, ni con gloria, sino como el mas pobre de todos, el mas vil, despreciado, dolorido y más lleno de oprobrios que todos, hasta morir un género de muerte llena de ignominia y afrenta, la cual el mundo pensaba que yo tenía merecida, y como si así mi vida como mi doctrina fuese dañosa á todos, juzgaban que merecía ser echado del mundo, y desterrado de la memoria de los hombres, y esto en presencia de gran multitud de pueblo, que daba voces contra mí. A esta muerte corrí con grande voluntad, como embriagado de amor, cual el ciervo á las aguas. No escusé trabajos, dolores, ni penas. No rehusé cosa alguna que á tí te conviniiese, amándote, y esti-

mándote tanto que deseaba con gran deseo entregar mi vida á la muerte, y mi cuerpo á las llagas, y por la ardentísima sed que tenia de tu salvacion, deseaba derramar por tí toda mi sangre, y así lo hice. ¿Pues hija mia, que es lo que tú me das por eso? Con que me pagas tanta caridad? No eres tú la que hace tantos años que me menosprecias como ingrata? Mis palabras te cansan, y fastidian mis alabanzas; traspasas mis mandamientos, y afeada por el pecado me echas de tí, desechas mis inspiraciones, y te entregas á las criaturas, abusando de mis dones, y a pesar de haberte sufrido tanto tiempo y haberte librado de la condenacion eterna que tantas veces has merecido, con todo eso me desprecias y abandonas, aunque sin mí eres vil, miserable y nada. ¿Como te atreves á mirarme habiéndome

ofendido tantas veces, y despreciado tanto tiempo? Todo esto te lo digo, hija mia, para que te conozcas. Considera cuan vil es tu cuerpo, y cuan sucia estás: cuan inmundo tienes el corazon, pues tus malas obras, torpes pensamientos, y sucias aficiones te han hecho abominable. Pero con todo esto te sufro, y no dejo de hacerte beneficios. ¿Pues hasta cuando he de sufrirte? Cuando comenzarás á conocerte? Hasta cuando has de díferir el volverte á mí? Porque no te humillas? Mira cuantas veces te he llamado, considera donde te he plantado, ¿pues cual es el fruto que me das? No miras como disimulo tus pecados é ingratitud? No digo esto por zaherirte ni avergonzarte, sino para convidarte á mi amor, y como si tuviese necesidad de tí, y no pudiese vivir sin tí, por solo mi amor y mi bondad.

quiero que me ames, para que
amándome conozcas quien soy
yo, y quien has sido tú; lo
que yo he hecho contigo; y
la ingratitud de que tú has
usado conmigo. Considera a-
más de esto, que á no ser por
mi gracia hubieras sido mere-
cedora de mayores penas de
las que padecen muchos que
estan en el iafierno, y que si
ellos hubiesen recibido la gra-
cia que á tí te he dado, hu-
bieran sido mas agradecidos.
Si considerases todo esto, y
mirases mi magestad y tu vi-
leza, la soberbia que tú has
tenido siendo tan vil, y la
humildad con que siendo yo
de tan infinita magestad me
abatí en tal grado por tu amor,
no rehusarias el humillarte.
Si mirases con que pobreza,
abatimiento y menosprecio yo
siendo altísimo, poderosísimo,
riquíssimo, e infinito te serví á
tí vil criatura; con igual amor

fidelidad y deseo¹ conocebirías en tu corazon tal reverencia á mi magestad, que no podria explicarse con palabras; y se te excitaria una sed insaciable y un ardentísimo deseo de honrarme, glorificarme y servirme á mí, y de sujetarte, humillarte y despreciarte á tí, y de sufrir cualquier afrenta, desprecio é injurias; y por mas que sufrieses, te pareceria que era nada por el gran deseo que tendrias, y á los que mas te persiguiesen, y despreciases los amariás mas porque cumplian tu deseo. Si esto no sientes en tí, hija mia, conoce que eres desagradecida, y que estás aun muy lejos de la perfecta humildad, que es una profunda inclinacion del corazon delante de mi magestad, de donde nace el menosprecio de sí, y el querer ser despreciado y tenido por vil. Otra vez te exhorto, hija mia, á que

consideres mi humildad, y tomas ejemplo de ella. Mira como el mundo despreció mi vida y doctrina, y la calumnia y reprobó. Cuantos oprobrios, burlas y menoscobios sufrí, como si fuera un hombre malo, y esto de una gente vilísima, y de criaturas mías muy viles. é ingratas, y con todo esto yo no volví mal por mal, y siendo maldecido no maldecía, y padeciendo injustamente no amenazaba, sino que sufria callando. Mira cuan digna eres tú de ser despreciada por tu dureza y negligencia, por tus pecados é ingratitud, y por tu vileza y tunada. Gime, llora continuamente y acúsate delante de mí. Convierte en materia de humildad todas las cosas que se te ofrecieren. Guarda de preciarte de tí misma vanamente, antes bien maravíllate de que los demás te alaben, y atribú-

yelo á que no te conocen. Ten puestos siempre los ojos en tu nada y tu pobreza. Mira cuan diferente eres de lo que deberias ser. Considera lo mucho que te falta, lo poco que puedes y haces, y cuan distante estás de la caridad y perfeccion que tuvieron los Santos, y finalmente que de tu cosecha solo tienes los pecados, los defectos la pobreza, y el abusar y echar á perder mis dones. Por ahí verás que es lo qué harias, si yo te abandonaba á tus malas inclinaciones. Si considerases esto continuamente, te aprovecharia mucho para la humildad. Tambien te has de humillar mucho por tus defectos ocultos, que tú no conoces, y muchas veces son muy graves, aunque no lo eches de ver, y por ellos te has de postrar á los pies de mi misericordia, y llorar tu flaqueza.

é inclinacion al mal, y no formes de tí otra opinion que de ser una criatura muy culpada, y ciega y mas ingrata que todas.

CAPÍTULO XX.

Que no se debe hacer caso de los juicios de los hombres.

No te ocupes en pensar qué juicio forman de tí los hombres, y cual de tus obras, ni temas sus juicios (con tal que procures, quanto esté en tu mano, el no darles ocasión de escandalizarse y murmurar de tí con razon); porque ni porque ellos te alaben, eres mejor, ni porque te vituperen, eres peor: lo que eres delante de mis ojos, eso eres, y no mas. No te ensoberbezcan pues las alabanzas de los hombres, ni sus vituperios te entristezcan. ¿Qué provecho sacas de las alabanzas de los

hombres? Ciertamente ninguno, antes bien daño porque te ensoberbecen y engañan. Y por el contrario, ¿qué daño se te sigue de ser despreciada, vitupesada y perseguida de los hombres? Ninguno á la verdad, antes te puede aprovechar mucho, porque te ayuda á que te conozcas, humilles enmiedos, y aprendas á vivir cauta y prudentemente entre los hombres, y no poner tu confianza en ellos, sino en mí. Deja pues hablar á los hombres, deja que piensen de tí segun les pareciere, y pon tu corazon en mí, y si examinando tu conciencia no hallas que te reprehenda de cosa alguna, nada temas; pero si hallas que te reprehende, llora, no porque los hombres te menosprecian (pues antes te debes alegrar de esto porque lo mereces), sino porque me has ofendido á mí, y has dado á tu prójimo

ocasion de pecar. Si los hombres te alaban, piensa que se engañan, ó que lo hacen por voluntad que te tienen. Si te visten, superan, no te maravilles por ello. Porque ¿qué hay que admirar que tu vida sea virtuosa y menospreciada de los hombres, habiendo ellos visto, perado, y menospreciado la mía con ser inocentísima y sin defecto alguno, y en la cual no podia haber cosa digna de reprehension? Alégrate de ver que en algo te me pareces, es a saber, en ser menospreciada, y superada y perseguida de los hombres. Deja que los hombres piensen mal de tí, que ese mal yo te le conyettire en bien, con tal que tú sepas sufrir callando. Praeura agradar me á mí en todo, y no busques agradar vanamente á los hombres. Desea ser tenida por vil y despreciada, y por mucho que te menosprecien, piensa

que merecés ser menospreciada mas. Nadie te parezca tan malo que no puedas pensar que es mejor que tú. Piensa que los demás merecen lo que tienen, y que tú por sola mi misericordia te sostienes. No te atrevas á preferirte á nadie, pues de tí no tienes otra cosa que la mala y ser pecadora, y si algo de bueno hay en tí es don mío, y el querer elevararte por ello y preferirte á otro es gran vanidad y soberbia. Y el quitarte yo muchas veces mis dones sensibles es, porque no sabes usar de ellos como debes, tomando ocasión de soberbia. Mira cuan miserable eres, y cuan presto eres vencida de cualquier pequeña tentación, cuando yo no te defiendo. Eres muy fácil, hija mia, en decir mal de otros, lo cual sin duda es indicio de orgullo, como si tu fueses mas que los otros de quienes dices

mal, siendo cierto que si no tienes tal vez aquel vicio de que hablas mal, estás sujetas a otros muchos, los cuales te hacen más vil y digna de reprehension. Mis amigos no acostumbran reprehender los defectos ajenos, sino los propios; desconfian de todas sus obras, y de sí mismos, y no se fían de sí porque ven que se han engañado muchas veces; siempre temen que no me buscan paramente, tienen gran concepto y alabaron muchas las obras de los otros, y no dan lugar a sospecha alguna mala contra su prójimo. No trates pues de reprehender las cosas de los otros, antes procura escusarlas, y alabarlas ó callar, teniendo siempre delante los ojos tú vileza é ingratitud, maravillándote de que todos los hombres no te aborrecen y vituperan. No puedes, hija mia, alcanzar la humildad, sino á mas el ser

humillada, porque á la humillad es preciso que preceda la humillacion, y así todo lo que te acaeciere, toma como de mi mano para tu humillacion, y gustandet ser humillada y despreciada de los otros. Deja que te infamen, calla tú, y déjalo á mi cuenta, pues yo sabré mejor que tú á volver por tu honra. Si tú te desfieles, y vuelves por tí, no has mos nester que yo responda por tí; pero si callares con humildad y paciencia, yo sé el tiempo en que he de responder por tí. No quieras prevenirmene excusándote y volviendo por tí yo pelearé por tí, tú sufre callando.

CAPÍTULO XXI.

De la obediencia.

TLa obediencia, hija mia, es una virtud excelentissima y

muy sumamente agradable: la obra que por sí seria muy baja, si se hace por obediencia; me agrada mas y es mas meritoria para el que la hace, que otras muchas hechas por voluntad propia. Es para mí un sacrificio de gran valor y dignidad, el ofrecerme al compasón humilde y obediente, y apurado para cumplir en todo mi voluntad, y podria ser que con un acto de obediencia, hecha con gran perfección y grande resignación de la propia voluntad ganáse mas una persona, y se uniese mas intimamente conmigo, que si se emplease por mucho tiempo en otros ejercicios espirituales. Has de amar tanto pues, hija mia, esta virtud, que si sucediese estar conmigo gozando visiblemente de mi presencia con grandes regalos y consolaciones, y fueses entonces llamada por la obediencia,

habias de dejar, é ir á donde la obediencia te llamase, y esto no seria dejarme á mí, sino antes bien dejarte á tí, porque seria preferir mi honra y voluntad á tu consolacion, pues lo que yo quiero es que te niegues á tí misma, y no busques tus intereses, sino mi voluntad. Y así dejándome de esta manera, me hallarás mucho mas abundante y perfectamente. Aprende pues á dejarte á tí por mí, y no haya cosa mas amada y provechosa que te parezca, que no estés pronta á dejar con gusto por la obediencia. Todo aquello que te hace apartar de la obediencia, á obedecer con tristeza y muriaturando, míralo como un ídolo de tu voluntad propia, mas dañoso para tí de lo que puedes pensar. Si estuvieres en algun lugar donde no tuvieres superior, ó tú lo fueres, ten á todos por

superiores obedeciendo, y siguiendo la voluntad de los otros, y dejando la tuya en lo que fuere licito y justo; no por negligencia, sino por deseo de negarte á tí misma, y por la virtud de la obediencia, de la cual no te has de apartar mientras vivas. A tu superior que lo es por orden y providencia mia, no mires si es letrado ó ignorante, de poca ó de grande estimacion, sino mira que yo te le he dado por superior, por cuyo medio yo te quiero regir, y en el cual me has de oir á mí que puedo y sabré gobernarte, no menos por medio del que tiene poca que del que tiene mucha ciencia, y así por el uno como por el otro, quiero que estés sujetá y rendida á mí. Yo algunas veces doy á mis siervos, superiores de pocas letras y experiencia, para que aprendan a no parar su atención en la per-

sona del hombre y en los respetos humanos, sino que en sus superiores me miren á mí, y confien en mí que por medio de ellos (cualesquiera que sean) les enseñaré lo que les conviene. Sino quieres pues, hija mia, ser engañada, sigue el camino de la obediencia, y nada hagas sin el parecer de tu prelado ó padre espiritual; vive siempre en simplicidad, y pobreza de espíritu sin propio juicio, ni voluntad ni parecer propio, y huye de toda queja y murmuración, teniendo siempre por mejor lo que el superior te ordenare, y lo que á él le parece, y en su defecto, lo que los otros juzgaren, con tal que no sea contra mi voluntad, como te he dicho. Has de desposeerte de tu voluntad, de tal manera que donde quiera que estuvieres, vivas entre los hombres, como si no tuvieras

voluntad, juicio ni parecer propio, sino que sigas siempre la voluntad y juicio de los demás (guardando pero la honestidad y diserecion), y mires á todos como si fuesen tus superiores en lo que á tí tocaren. Cuando estuvieres sola, no hagas las cosas por voluntad propia, ni por complacer-te á tí misma, sino por ser voluntad mia dirigiendo toda tu vida y egercicios á tu abnegacion. De cualquier modo que conocieres mi voluntad, ya sea por inspiracion interior, ya por la escritura, ya por tu superior, ó por cualquier otra criatura, y siempre que yo te avisare interiormente, dejando tú luego tu propia voluntad y juicio, sigue lo que entiendieres que yo quiero de tí. Pero mira bien que has de ser prudente, para no ser engañada y tomar lo que es del mal espíritu, como si fuese del

bueno, para lo cual importa mucho hacer todas las cosas con el parecer del superior, ó de otra persona que sea sirva de Dios, y sepa aconsejante segun lo exigiere el asunto; y cuando no tuvieres de quien tomar consejo, despues de hechas las diligencias que pudieres, encomiéndamelo á mí en la oracion, que yo soy el que enseño á los humildes y á los que desean acertar, cuando no tienen otro que les enseñe.

CAPÍTULO XXII.

De la mortificacion de la propia voluntad.

Nada hay, hija mia, que te pueda dar pena sino tu propia voluntad, á la cual si procurares estar muerta, ninguna criatura te podrá dañar, porque yo viviré en tí, y tú en mí, á quien sirven todas las

criaturas, sin que haya alguna que me pueda resistir. Pero si quisieres seguir tu propia voluntad, todas las cosas te serán contrarias y te harán guerra, y con todo esto por mas que hagas no podrás evitar lo que yo con mi providencia tengo dispuesto de tí, lo cual te será cruz y no consolacion. El que se desnuda de su propia voluntad, disfruta una paz y alegría interior, desconocida á los que son amigos de sí mismos. Yo dije á mis discipulos que en el mundo habian de tener trabajos y aflicciones, es á saber en el seguimiento de los deseos propios, á los cuales el mundo favorece, pero que tuviesen confianza, que yo habia vencido al mundo para que ellos con mi virtud le venciesen, y tuviesen paz en mí. Comienza pues, hija mía, á desarraigárt y mortificar en tí los de-

seos mundanos y todo amor propio; porque de otra manera no podrás vencer al mundo ni al demonio, pues ellos reinan en tí, mientras permanecen en tí los vicios, y sigues tu propia voluntad. Has de amar á los que persiguen tus vicios, y resisten á tu propia voluntad, pues te ayudan á hacer guerra á tus mayores enemigos. Cuanto menos estuviere apoderado de tí tu amor propio, tanto mas te poseeré yo, y obraré en tí sin impedimento alguno, porque el amor propio es el que impide mis obras en tí, y así mientras vive en tí, te priva de infinitos bienes. Para venir á mí, no hay otro camino que el que yo enseñé á mis discípulos, cuando les dije: El que quiere venir tras de mí viéguese á sí mismo (es á saber deje, mortifique, y desnúdese de su propia voluntad), y sígame. Co-

mienza apes, que así es me-
nester hacerlo. Por mas que
dejes, si no te dejas á tí, pien-
sa que nada has dejado, y si
te hubieres dejado enteramen-
te á tí misma; aunque poseas
muchas riquezas, y tengas
grandes honras, vivirás como
si nadie poseyeras. Cuanto mas
éstí mujeres, viviré yo mas
en tí; y cuanto mas nos te com-
placientes a tí, te seré yd mas
dulce y suave. Déjalo pues
todo, y lo hallarás todo, esto
es, déjate aqüí y me hallarás
a mí. ¿Qué te dejones, hija
mia? qué tienes? Las angustias
que sientes en tí, las causa tu
ahor propio. Déjate á tí mis-
ma, y ponle en mis manos;
¿Acaso puedo, si te engañarte?
porque no te fies de mí? por
que no confias de mi bondad?
piensas que corres algún pe-
ligro, si dejándote á tí te en-
tregares a mí? Considera á
quien te il entregas. Considera

que yo soy siq; quien sin via
vir ni existir puedes, i que te
das a mi con quien no te pue
de vir mal, que te pones en
mis manos que no soy capaz
de echarojar pejani desampararte
ni engañarte, porque no puedo
dejar de amarte. Acabopues
ya, échate con confanza en mis
brazos y vivirezelo alguno, que
yo te recogere y te guardare
Cuando andas faterà de mis
eres como si no fuesses, y por
tanto si buscas vida, búscame
a mi. Abrázame para que yo te
abraze y te haga conmigo tan
estrechamente, que si quisieras
tocarme me toque a mi en la
mira del ojo. Procura pues de
jase a ti misma con alegría y
voluntad pronta, oyo búsca mi
toda sim voluntad, en llevandome
siempre en tu corazón aquella
oración que yo hice a mi Pa
dre, diciendo: Hágase vuestra
voluntad, y no la mía. Dí pues
Señor, enseñándome a hacer lo que

tra voluntad, porque vos sois mi Dios, hágase en mí segun vuestro beneplácito. Si quieres conocer si has renunciado y muerto á tí misma, mira si te turbas cuando recibes algún daño temporal ó alguna afrenta, y si ves que esto te turba mas que cuando acaece lo mismo á otro, infiere de aquí que aun vive en tí el amor á las criaturas y á tí misma, porque si estuvieses enteramente desposeida de tu amor propio, ninguna turbación te causaríaq estas cosas que te suceden á tí, mas que si sucediesen á otros; y solamente te afligirías por la ofensa que á mí se hace. Aquel, hija mia, que ha renunciado enteramente á sí mismo, trabaja en ir quitando siempre todos los obstaculos que hay entre él y mí, que son las aficiones y representaciones de las criaturas, y su voluntad propiaq que es la que mas me estor-

ba. Mientras pues te sintieres mas inclinada á una cosa que á otra, sino fuere por puro respeto mio, entiende que no estás del todo muerta á tí misma. Todo aquello, pues, que sintieres que tira tu corazon fuera de mí, todo cuanto vieres que le ocupa, o detiene o perturba, trabaja en echarlo de tí entrando y encerrándose dentro de tí con el corazon levantado á mí, superior á toda esperanza y miedo de cosa temporal, y á toda ganancia y perdida, y á todo desconsuelo y trabajo, y á toda alegría y tristeza, á toda solicitud, ocupacion y respeto de criaturas; porque si tuyieres tu corazon fijo en mí, menospreciarás todas estas cosas, pero si te amares á tí misma, estarás como hecha esclava de todas ellas; y así ten por cierto que no podrás poseer paz y tranquilidad de espíritu, sino te ol-

vidares y muriéres á tí. Y si esto hicieses con perfección, no temas que te falte cosa alguna, porque si tú te dejares á tí, yo estaré contigo, y tendrá cuidado de tí, y te guardaré y defenderé mas cierta y maravillosamente de lo que tú puedes comprender.

CAPÍTULO XXIII.

De la consideracion de la divina providencia.

Para que poseas y vivas con paz y tranquilidad y libertad de espíritu conviene, hija mia, que te entregues enteramente á mi providencia y disposicion, y que estés resignada e indiferente á cualquier cosa que yo dispusiere y ordenare de tí y de tus cosas, y cuando sucediere alguna cosa, ya sea prospera ya adversa, recíbela con la misma voluntad,

roft

deseando solamente que la misa
se cumpla en tí ahora y siem-
pre, y quiero que en esto ha-
gas consistir tu mayor bien, y
que mi voluntad sea en todo
y por todo la medida de to-
das tus cosas. No tengas soli-
citud y cuidado de las cosas
que están por venir y son in-
ciertas, sino déjamelo á mí,
que rijo y gobierno todas las
cosas, porque el mal que te-
més puede ser que no venga,
y si viniere, bástale al dia su
malicia. En todo lo que suge-
diere, has de estar contenta
con lo que dispone mi provi-
dencia, y has de alabarme, te-
niendo por cierto que aquello
es lo mejor y lo que á tí mas
te conviene, si sabes recibir-
lo como se debe, y aprove-
charte de ello. El sentir bien
de mí, poner en mí la con-
fianza, y entregarse á mí en-
grandece mi bondad, y por es-
to me agrada tanto que mi

criatura lo practique, que cuando lo hace sinceramente no puedo desampararla, ni permitir que se pierda, y por este medio alcanza mas cumplidamente lo que desea, y muchos y grandes dones mios. No mi respuesta, hija mia, á la cuitatura donde te viene aquello que te sucediere, sino á qui que todo lo ordeno, y recibelo con amor, alegria, haciimiento de gracias como de mi mano, y en todas las cosas acostúmbrate á considerar en ellas mi bondad, y mi misericordia, con la qual todas las ordeno para bien de mis escogidos, para que todo te exalte á alabarme, amarme y glorificarme, y de esta manera sabras hallarme en todas las cosas, y de todo sacaras provecho, y me ofreceras un sacrificio muy agradable, porque yo estoy en todas las cosas, y todas en mi viven, se sujeten y son.

CAPÍTULO XXIV.

*Del sufrimiento y paciencia
en las adversidades.*

Gualquiera adversidad y tribulacion que te venga recibe la, hija mia, como un mensajero de mi gracia, y piensa que te viene por tus pecados, confesando que mereces aquello y mucho mas, y dame gracias, porque mirandote con ojos de piedad y misericordia te visto con mi librea; te castigo con la vara de mis hijos, y no te desecho como tu merecerias. Entretanto que te castigo, es prueba que quiero que seas mejor; y si, apartare de ti mi correccion, aunque pareciese que tenias paz seria grande tu desdicha, porque dejaria de velar sobre ti y de guardarte; y aunque por tus pecados no merecierases los traba-

joso que te suceden, los habias
 de recibir con alegría, por
 que se cumple en tí mi vo-
 luntad, habiendo yo padecido
 por tu amor, haciéndote cada
 dia y aún cada momento nues-
 vos beneficios, y al fin soy tu
 Dios, y tú eres criatura, y
 hechura mia, y puedo hacer
 en tí y de tí todo lo que quie-
 ro, sin que tú puedas contra-
 decirmelo, ni decirmelo porque lo
 hago. A esto se añade, que yo
 soy tu amante fidelísimo, que
 todas las cosas ordeno para
 tu bien y provecho, y habien-
 do yo dispuesto antes de
 criarte que padecieses en esta
 hora, lo que estás padeciendo,
 has de desear vivamente que
 se cumpla esta, mi voluntad,
 y recibirla con alegría, con-
 suelo, accian de gracias, y de-
 voción de corazón, no turbán-
 dote ni teniendo resentimien-
 to alguno contra los que te
 molestan, sino pensando que

son ministros míos, por cuyo medio he dispuesto muy amoro-
samente que padecieses lo
que padeces. Cuando ves que
no se te ofrece algo que pa-
decer, ni tienes adversidad
alguna, teme que yo no me
haya apartado de tí, pues te
falta la señal con que suelo
distinguir á los que son míos.
Piensa cuantos trabajos y cuan-
tas penas padecí yo, mi Santísima
Madre y mis Santos, que
siguieron mis pisadas, y que
ninguno ha llegado á la gloria
eterna sino por el camino de
la cruz y bebiendo de mi ca-
lliz, y que este es el camino
real por el cual tú también
has de caminar si quieres lle-
gar á donde están mis Santos
gozando contigo. Piensa tam-
bién que no hay cosa tan pe-
queña, que si la sufrieres por
mi amor, no ganes por ella
grande premio, aunque prin-
cipalmente has de tener mi-

rada mi amor y voluntad.
 Si supieses, hija mia, cuan
 grande es el fruto que trae
 consigo la adversidad; sin du-
 da te gloriarias en mi cruz.
 Cuantas mas cosas pues con-
 trarias te sucedieren, y cuan-
 ta mayor resistencia se hiciere
 á tus deseos, tanto mas fervo-
 rosa debes ser en padecer, y
 resignarte á mi voluntad y
 providencia. Y aunque se te
 impida algun bien que quisie-
 ras hacer, no pienses que has
 perdido nada, antes se te ha
 dobrado el mérito, porque me-
 reces con la buena voluntad
 que tenias, no habiendo que-
 dado por tí de no hacer la
 obra, y con la paciencia con
 que sufres la adversidad; a
 más de que á la buena volun-
 tad tanto mayor premio le es-
 tá reservado, cuanto se mues-
 tra mas fiel siendo tentada con
 adversidades, y permanecien-
 do siempre en el bien. Por-

que pues te amo, hija mia, quiero que seas mi fiel espesa, y me sirvas sin elección propia, y vayas no á donde tú quieras, sino á donde yo te llevó, y aun en el bien que haces aprendas á no buscarte á tí sino á mí, y lleves cualquier carga que yo te pusiere. En las adversidades pues no mires al hombre que te persigue, sino á mí que me valgo del hombre como de vara y azote para castigarte; y así no te enojes contra el hombre, sino procura tener paciencia, para que no pierdas el fruto de la adversidad, y muéstrate alegre y serena, para que no se vea en tí señal alguna de impaciencia, mira é indignacion contra nadie. Calla, y si hubieres de hablar algo, sea poco, y con mucha benignidad y mansedumbre. Finalmente te has de mostrar tan humilde y mansa que nadie

tema el reprehenderte, menospreciarte é injuriarte. Para todo esto tienes ejemplo en mi vida, pues no sin causa digo: Aprended de mí que soy manso, y humilde de corazón. Mira cuantas penas, oprobrios, injurias y desprecios sufri, y con todo esto jamas maldije á nadie por esto, ni hablé asperamente, ni volví alguna respuesta mala, sino que me compadecia de aquellos que me perseguian, y rogaba por ellos. No coides pues, hija mia, de volver por tí, ni defenderte ni escusarte, calla, y déjamelo todo á mí. Mientras te pareciere que te hacen injuria, ó que no mereces lo que padeces, y que te persiguen injustamente, ten por cierto que no tienes verdadera paciencia, ni has alcanzado el verdadero conocimiento de tí misma. Recibe, hija mia, con alegría y devoción cualquier adversi-

dad, y ofréctete á mí para padecer cuanto yo quisiere, para estar privada de todo lo que te quisiere quitar, y para llevar cualquier carga que yo te quisiere poner, y ten por perdido el dia en que no se te ofrece algo que padecer.

CAPÍTULO XXV.

De la falta de consolacion.

Conviene, hija mia, que andes por el camino real y muy alto de los perfectos amigos enios, qué es saber sufrir los trabajos sin buscar consolacion exterior, y sin tener refugio á criatura alguna, sino á mí, teniendo en todo trabajo y afliccion por bastante consolacion el pensar que se cumple en tí mi voluntad. Humíllate á todos, póstrate á los pies de todos, y piensa que cualquiera tiene liceacia de injuriarte,

menospreciarte y pisarte, y que yo le permito que lo haga así. Si llegares á esto, cesará toda queja, toda murmuración y todo descontento contra tu prójimo, y amarás mas intimamente á los que peor te trataren, como aquellos que te abren el camino para la verdadera abnegacion, y te dan ocasión de aplacarme y agradarme, y de practicar las virtudes y el amor hacia mí. Todavia hay un camino mas alto, y es que aunque estés cargada de trabajos, aficiones y tentaciones, y por otra parte te sientas dejada de mí, y como que te tengo olvidada y desechada, no pierdas la confianza en mí, ni te derrames para buscar alguna consolacion exterior, sino que me esperes con confianza, padeciendo todo cuánto yo tuviere á bien, sin cesar de alabarme, por mas seco que sientas tu

corazon, y por este camino quie-
ro que andes, hija mia, para
complacerme en tí como en
mi fidelísima esposa.

CAPÍTULO XXVI.

De la paz interior y mansedumbre del corazon.

Via has comprendido, hija mia, cuánto te conviene ser paciente, y conservar la mansedumbre en la paciencia, esto es llevando todas las cosas con igualdad de ánimo, y paz y tranquilidad de corazon. Porque mansedumbre no es otra cosa que una tranquillidad, fruto de la verdadera pacien- cia, de tal manera que nada sea capaz de contristarte ni perturbarte, ya sea cosa ter- poral ya eterna, con tal que no quieras estar fuera de mi gracia y amistad, ni apartada de mi voluntad. Porque esto

en ninguna manera se debe descuidar; sino que antes debes procurar con todo cuidado el estar unida contigo por la caridad. Además de esto en cualquier pena ó consolacion que te viniere en cualquier lugar, si fuere para mi gloria y según mi voluntad, debes alegrarte de estar sujeta á ella, y siempre dispuesta para recibir la consolacion ó la tribulacion, según lo que yo dispusiere. Si te hallares en esta disposicion, ninguna cosa que te suceda exteriormente, te podrá contristá, porque ninguna cosa te sucederá contra tu voluntad, mientras mi voluntad sea siempre la tuya, y no tengas otro querer que el mio; y así se hará siempre tu voluntad (como te he dicho) en todo. Porque en ello que te has de alegrar sumamente es, en que se cumpla en tí mi voluntad, y con esta disposicion

tu interior estará en paz, aunque en lo exterior estés atrabulada y desconsolada, pues no quieres sino lo que yo quiero. De este modo pues, hija mia, has de conservar la tranquilidad, procurando que no haya en tí turbacion ni queja alguna, que la parte irascible esté inmóvil y en silencio, y la concupiscible fundada en las virtudes esté elevada á mí, la parte racional alegrándose de esto, la conciencia en paz y serenidad, y toda el alma posea una entera tranquilidad.

CAPÍTULO XXVII.

Del amor al prójimo.

Ten, hija mia, para con todos tus próximos un corazón lleno de compasión y de amor puro, el cual no ensucia el corazón con alguna concupiscencia sea-

sual, ni le ocupa con familiaridad excesiva, ni le mancha con alguna afición desordenada, ni le inquieta con distracción de pensamientos, ni le perturba con deseos importunos, sino que sin distinción de personas abraza á todos en mí con pura y ardiente caridad. Alégrate del bien y aprovechamiento de todos; compadécete de las necesidades de todos; consuela, ayuda sufre y sirve á todos en todo lo que pudieres, con alegría y benignidad; ten por propias las necesidades de los otros, y muestra con todos un corazón de madre. Procura escusar á todos, y con oraciones, beneficios y servicios haz que todos crezcan y aumenten en el bien, y cuando otra cosa no pudieres, procura consolarlos con la alegría y benignidad del semblante y con palabras dulces. Guárdate de juzgar y menes-

preciar á nadie, porque ésto te daña mucho, y á mí me desagrada; antes procura con valor no dar lugar ni aun á una ligera sospecha de mal. Cuando vieres que alguno cae en algun pecado, piensa que yo lo he permitido para su mayor bien, y que lo ha hecho por ignorancia, ó combatido de una grave tentacion, y que si á tí te viniera, caerias mas gravemente. Has de mirar con diferentes ojos tus cosas, y las de tus prójimos, es á saber, las tuyas con rigor y severidad encareciendo tus defectos y disminuyendo tus virtudes en tu estimación; pero las de tus prójimos, disminuyendo y escusando sus defectos y teniendo en mucho sus virtudes. Cuando estás enojada, no corrijas entonces á tu prójimo, porque ¿que te aprovechará curar al otro, si tú quedas llagada? Aguarda la oportu-

tunidad de que tú estés en calma, y tu prójimo en disposición de recibir la corrección, y entonces hazlo con espíritu de mansedumbre y con dulzura, mas rogando que reprehendiendo, y suplicándome á mí con gemidos, que haga que sea de provecho tu corrección. Guárdate de ser causa de dissension ó de odio entre algunos; dí siempre lo que ayude á poner paz acordándote de lo que dije: Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Si alguno te ofendiere ó te aborreciere, vuelve bien por mal, es á saber, por las persecuciones beneficios, por el mal rostro, rostro alegre y sereno; por las palabras ásperas, é injuriosas, palabras mansas y benignas, y de esta manera harás que mas presto se reconozca, y vuelva en sí. Todas las miserias del cuerpo, traba-

jos, dolores; adversidades que vieres en los hombres tráigante á la memoria la pobreza, trabajos y dolores y adversidades que yo padecí por ti, para que en todo me halles y contemples, me ames y te compadezcas de mí, y te transformes en mí.

CAPÍTULO XXVIII.

De la pureza de corazon.

Entrabaja, hija mía, por alcanzar la pureza del corazon, con la cual apartada de todo lo transitorio no estés apegada á alguna delectacion terrena, ni aun busques ni admitas delectacion alguna por voluntad y deseo de deleitarte. Corta toda suerte de pensamientos, no solamente los ilícitos, sino tambien todos los inútiles y ociosos, no dando advertidamente lugar á alguno de ellos. For-

ma el propósito de no pensar sino en mí, ó en cosa que se dirija á mí. En cuanto puedas, no recibas dentro de tí las imágenes y representaciones de las criaturas, y cuando adviertas que tu corazón está ocupado con ellas, procura despedírlas. Déjame á mí todos los cuidados, y solicitudes. No te turbes por cosa alguna que sucediere. Está siempre velando en la guarda de tu corazón, para que no habite en él alguna afición desordenada á alguna persona ó cosa, ni algun deseo sensual, ni pasión alguna, ni concupiscencia, inclinación ó intención viciosa. No sufras que haya medio alguno entre tí y mí. No te busques á tí misma en nada, sino solamente á mí pura y simplemente. Ten siempre tu pensamiento levantado y puesto en mí, y cualquier cosa que hubieres de hablar ó pensar,

trátala primero conmigo en la oración dentro de tu espíritu, y con esto cualquier cosa y ocupación te dará materia y ocasión de orar, y toda tu ocupación no será más que una continua y perpetua oración. No verás cosa alguna por más extraña y desconcertada que sea, de que no saques ocasión de orar y alabar me. En todas las cosas levanta á mí tu entendimiento y tu afecto. Todo lo que vieres que fuere hermoso, suave ó deleitable, refiérelo á mí, para que yo solo sea tu delectación. Edifícate de todo, y nada se te ofrezca de donde no procure sacar algun provecho para tí.

CAPÍTULO XXIX.

Cómo se han de referir puramente á Dios todas las cosas, las cosas buenas.

No debes, hija mía, atribuirte cosa alguna de las que obro en tí, ni de mis dones, sino reconocerlos por míos, admirarte de mi liberalidad, caridad y benignidad, y tener siempre delante los ojos tu vilza e indignidad. No te complazcas yánamente en tí, por ver que has recibido algun don de mí. Tú alegría ha de ser el ver que he sido tan bueno, liberal y misericordioso contigo, indigata e ingrata criatura, y esto será alegrarte en mí y no en tí. Fuera del agradecimiento que has de tener á mis dones, y de la humildad con que te has de reconocer indigna de ellos, no

piénses mas en ellos para que no te ensoberbezcas. Si sintieres algo en tí, no te pongas á quererlo escudriñar curiosamente, déjamelo todo á mí, y tú mantente firme en este conocimiento, de que si te comunico algo es sin merecimiento tuyo. Me agrada la humildad de que por conocer, te ingrata, e indigoa andes temerosa en estas cosas, y antes creas que no es nada lo que sientes, ó que no les cosa que venga de mí, quei no ei que te alegres vanamente por ello. Acuérdate de lo que decia á mis Apóstoles: Que no se alegrasen por los milagros que hacian, ni porque los demonios se les sujetaban, aunque no dadaban ser esto don mío. El amor propios se introduce en todo, y engaña fácilmente á los que no andan prevenidos. Hija mia, si deseas ser esposa mia, conserva siempre tu co-

razon casto, y puro, libre y desapegado, sin que ninguna criatura le posea, y cuando adviertas que se te va tras alguna cosa fuera de mí, gime y pídemelo que te dé mi gracia y amor. Si deseas ser pura, has de quitar todo aquello en que tu naturaleza halla recreacion, ó consolacion y deleite, ya sea en palabras, ya en alguna otra cosa, y para esto desprecia todas las cosas, y tenlas por basura, y solo á mí ten por cosa preciosa, y sea yo solo el tesoro de tu corazon. Examina con diligencia en tu interior todo lo que haces, lo quequieres y piensas, y hallarás que muchas cosas que tienes por muy buenas y perfectas nacen de la raiz del amor propio, y por aquí entenderás cuan vigilante has de andar en todo. ;O si tuvieses tu corazon apartado de toda criatura! ó si solamente me

deseases á mí ! como vendría yo á tu corazon y te me comunicaria. Este cuidado de ir examinando tus cosas, y de cortar todo lo que no va dirigido puramente á mí, sé que te será molesto y pesado á los principios, y cada cosa en que habrás de mortificarte, será una cruz : pero esto te abrirá los ojos para que te conozcas mas perfectamente, y veas cuanta es tu miseria, y cuanto hay en tí que enmeadar y corregir, y cuan pocas son tus fuerzas para este ejercicio de la continua mortificacion, con que se ha de alcanzar la pureza de corazon, y con esto te humillarás y gemirás llorando, y desearás verte libre de tus imperfecciones y miserias ; andarás cautelosa, y con rezelo en todas tus cosas, y estos gemidos y lagrimas te servirán como de bautismos para purgar tu alma, y satisfacer por tus

pecados, y perseverando con esfuerzo, mediante mi gracia se te hará este negocio cada dia mas fácil. No desmayes pues en mí lo vencerás todo; confia en mí, que yo te aligeraré esta cruz y te ayudaré a llevarla.

CAPÍTULO XXX.

Que se ha de tener cuenta con las inspiraciones del Señor, y no menospreciarse su gracia.

Milija mia, está siempre ocupada en buenos ejercicios con los cuales levantes tu corazon hacia mí, mientras no sientas interiormente que yo te llamo á otra cosa, porque no has de estar tan apégada á tus ejercicios, que por ellos dejes de seguir mi inspiracion; antes bien siempre que sintieres que mi voluntad es que hagas otra cosa, ya se te manifieste esta

voluntad mia por tus superiores, ya por mi disposicion y providencia con que lo gobierno todo, y siempre que sintieres dentro de ti mi llamamiento, debes luego dejarte a ti, y obedecerme a mi. No me contento con que me sirvas, sino que quiero que esto lo hagas del modo que yoquiero y con abnegacion de tu propia voluntad. Y asi por seguir mi voluntad, debes muchas veces mudar y dejar tus ejercicios, no por negligencia, tediio ni por inconstancia y ligereza de corazon, sino para estar enteramente sujeta a mi voluntad. O si supieses cuanto peligro, y detrimiento del aprovechamiento espiritual acatrea el no admitir ni seguir mis inspiraciones, y cuan mala cosa es obrar contra ellas, sin duda quedarias atonita y pasmada. Consérvate pues, hija mia, siempre con temor y re-

zélate de que eres ingrata, y teme el que por tu soberbia é ingratitud (como lo has merecido muchas veces) no llegue yo á dejarte y pierdas mi gracia; pide continuamente en tus oraciones mi gracia, y vela en su guarda procurando conocer qué es lo que yo quiero de tí. En cuanto á lo que te he dicho, que debes andar con temor de perder mi gracia, y de que te abandone por tu ingratitud, has de mirar que este temor no nazca de desesperacion ó pusilanimidad, sino de una verdadera humildad llena de esperanza en mí. Si no puedes imitar los ejercicios de los otros, no por esto te has de acobardar y hacer pusilánime. Yo reparto mis dones y doy á cada uno según veo que le conviene, conforme á su complexion natural y al fin á que le llamo, y así tambien doy á cada uno ejercicios:

acomodados á este fin, y no todos pueden tener una manera de ejercicios, así como tampoco es una misma la complejion natural de todos ni la vocacion. Pero las virtudes son unas mismas, y estas las puedes y debes imitar cualesquier que sean. Porque puedes ser humilde, benigna, paciente, &c. aunque no puedas ejercitarte en los mismos actos de estas virtudes en que los otros se ejercitan. Hay un camino que guia á mí, por el cual caminaron todos los Santos, este es el camino de la caridad, la cual dirige á un mismo fin todos los ejercicios por diversos que sean. Por este camino te conviene andar por los medios que yo te enseñare. Caminando por este camino, es á saber, siguiéndome á mí y recibiendo de mi mano todo lo que te enviare, y refiriendo todas las cosas á mí, y

humillándote debajo mi poderosa mano, y buscando solamente mi gloria en todo lo que haces y dices, no te dejaré errar, por mas que te parezca que estás en tinieblas y combatida de tentaciones, y que te tengo abandonada. Mira pues bien tu vocacion, y ácomoda á ellá tus ejercicios, dispuesta siempre (como te he dicho) á dejarlos, variarlos ó volverlos á tomar segun fuere mi voluntad, y por ella debes medir tu aprovechamiento, y no por lo que ves en los demás, ni por lo que túquieres. Desea ser tal cual yo te quiero. Ten cuidado de corresponder á mi llamamiento que entenderás, sino te buscáres á tí en nada, sino á mí puramente.



CAPÍTULO XXXI.

Sobre el comunicar los dones de Dios.

Quiero, hija mia, que no desprecies mis gracias y dones, pero guárdate bien de buscarte en ellos á tí misma, ni ensoberbecerte, ni gloriarte ni agradarte á tí misma por ellos; refiérelo todo á mí, y ten siempre tu nada delante de los ojos. No quiero que mis dones estén ociosos, como lo signifiqué en aquella parábola del Evangelio de los talentos. Así como los ojos en el cuerpo ven para todo el cuerpo, así los dones que yo te doy, no los doy solamente para tu provecho, sino tambien para provecho y bien de los otros miembros de la Iglesia, para que con ellos sirvas y ayudes á los otros, y trabajes en ga-

natos y traerlos á mí, y por esto no los di á los otros, porque dándolos á tí, proveí á tí y á ellos; así como también he dado muchas otras cosas á los demás, que no las he dado á tí, y en darlas á los demás, el mío es lo que era necesario y á ellos y á tí, no solo para su provecho, sí también para el tuyo. Quiero pues de tí que comunique mis dones con los demás, y hagas por ellos de buena voluntad lo que ellos no pueden hacer por sí, para que de esta suerte la caridad haga de todos vosotros un cuerpo, en que todo lo que tuviere un miembro aproveche á los otros, y el uno participe de los bienes del otro. Esta consideracion de mi voluntad, hija mia, ha de hacer que lleves con alegría las cargas de los demás, y te compadezcas con mansedumbre de sus trabajos, y los

consuelos con benignidad, y les
des de lo que tuvieres de muy
buena gana, y te alegres de
sus buenos sucesos, y no ha-
ya entre vosotros envidia al-
guha, disputa ni propiedad,
sino mucha caridad y union.
Piensa pues que todo lo que
tienes de bueno es mio, y que
te lo he dado para que lo em-
plees en bien de tus herma-
nos, y te he de pedir cuenta
sobre el modo con que lo
hubieres cumplido; y así por
mas que estés elevada en con-
templacion gozando de mí,
siempre que la necesidad cor-
poral ó espiritual de tu pró-
ximo lo pidiere, debes acudir
á remediarle y ayudarle, de-
jando por mi amor tu propia
consolacion. Porque la verda-
dera caridad consiste en qué
no busques tus intereses, sino
el bien de tu prójimo, y esto
me es á mí mas acepto, y á
tú mas provechoso que qual-

quier otra contemplacion, & devocion propia no necesaria; y en esto y en todo lo demás, sea siempre yo el principio, el medio y el fin de tus obras y deseos, buscando mi gloria y beneplácito, porque con esto me será acepto y agradable tu sacrificio.

CAPÍTULO XXXII.

Danta pobreza de espíritu.

Por mucho que hagas, hija mia, nunca has de contentarte, sino andar siempre con continua hambre y sed de la justicia: nadie te parezca mas flaco que tú, ni mas pobre de virtudes, ni mas necesitado de mi gracia. Ten siempre tus defectos delante de tus ojos, y llora y gime por ellos. No te toca á tí el discurrir y pensar lo que hacen los demas, cual estás de virtudes, y con

58
significares teotl
hacía digno,
dicho modo.
sabrá con la
sabrá en lo que
sabrá de haber
sabrá en suencia
sabrá en servicio
sabrá en sus
en las palabras
nos extiende
de todo lo
vulgar. Y que
nada más.

CAPÍTULO

Del modo de
larras
En la conversación
con los otros
anteriormente tristes
antes bien propicio
rostro sereno. La
versación no se
demas. Guardando

XXXIII.

Te *Dios.*

como el cier-
de las aguas,
siempre tu co-
me á mí por
ne mucha sed,
en otra co-
r; y sen todo
sed no le de-
ni desear otra
ú me amases
ante, si siempre
lo en mí, y
onmigo y unir-
os que están
loco del mun-
de comér, ni
otra cosa de
n, y sino pue-
se ponen amá-
, y no pue-
ta que lo al-
manera, hija

respeto á mí, y por qué cami-
nos andan: yo sé lo que he
dado á cada uno y lo que pi-
do de cada uno. Tú seas en
tus ojos y estimacion, la mas
baja y vil de todos y como
nada. Avergüéñzate en mi pre-
sencia, si alguno te alaba o
piensa bien de tí, viéndote
ingrata, pecadora y vil eres.
Piensa que todos tienen facul-
tad para menospreciarte y de-
sechar te, sin que te hagan in-
juria, y que mereces cualquier
desprecio y abatimiento. Mien-
tras te parezca que te hacen
injurias y te quejas, es prueba
que no estás del todo desnuda
de tu amor propio y estimar-
cion, porque para ir bien, de
nada debias aflijirte en todo
esto sino de mi ofensa, si al-
guna se me hace.



CAPÍTULO XXXIII.

Del amor de Dios.

Hiija mia, así como el ciervo desea la fuente de las aguas, así ha de estar siempre tu corazón anhelándome á mí por amor. El que tiene mucha sed, no puede pensar en otra cosa que en beber; y en todo cuanto haga, la sed no le deja jamás pensar ni desear otra cosa. Y así si tú me amases con amor ardiente, siempre estarías pensando en mí, y desearias estar conmigo y unirte conmigo. Los que están cautivos del amor loco del mundo no gustan de comer, ni beber, ni de otra cosa de aquello que aman, y sino pueden alcanzarlo, se ponen amarillos y enfermos, y no pueden sosegar hasta que lo alcanzan: de esta manera, hija

mia, debias tú amarme, en mí solo había de estar tu alegría y consolacion, y fuera de mí todo había de ser amargo y triste, y no habias de descansar hasta haberme alcanzado. ¡Ojalá estuvieses enferma de mi amor! Ojalá te diesen en rostro todas las cosas de este mundo, y a mí solo deseases, y ofrecieses tu corazon libre de todo amor, terreno, para que le llevase yo tras de mí, y le llagase y traspasase con la saeta de mi amor! O cuan dichosa serias, si como si estuvieres fuera de tí, y embriagada de amor, menoscabases todo lo criado, y corrieses tras de mí dando voces y diciendo: Llagada estoy de amor! Deberia, hija mia, haber en tí tal ardor de amor, que cualquiera que se te acercase no sintiese otra cosa que amor, y cualquiera que te hablase, se fuese encendido de amor de

tus palabras. Si deseas pues amarme, me has de amar con todo tu corazon; no quiero que ames otra cosa fuera de mí, que no sea por mí. Ámame puramente, á saber, por ser quien soy, ámame con un amor infinito, quiero decir, que no pongas tasa ni medida en el amor que me tengas, sino que siempre deseas amarme mas y mas. El amor nunca dice bas-
ta, nunca puede saciarse su hambre, siempre pide mas, y mas se aumenta. Desea amar-
me cuanto pueden amarme to-
das las criaturas juntas, y esto
no por querer ser mas que los
otros, sino por el deseo y ham-
bre insaciable que has de te-
ner de mi amor. Mi amor no
sabe estar ocioso, siempre obra
grandes cosas allí donde está,
y si rehusa obrar, no es amor.
Si te faltare la posibilidad pa-
ra hacer algun bien, no des-
mayes por esto, porque yo re-

éibo tu buena voluntad, como si fuese la misma obra. Las obras sin la caridad, no me son agradables, pero sí la caridad sin las obras, cuando por enfermedad, necesidad, obediencia ó otro legitimo impedimento no se pueden egecutar, porque entonces, como tengo dicho, recibo la buena voluntad en lugar de la obra. Pero cuando hay posibilidad, el amor siempre se ejercita en algo que sea para mi gloria ó bien del prójimo: yo te he dado á tu prójimo para que hagas con él lo que quisieras hacer conmigo, pues yo nada necesito: y así he prometido aceptar y remunerar lo que se hace con el prójimo, como si se hiciese conmigo; porque la caridad que hace que me mires á mí en el prójimo, hace tambien que me sirvas á mí en él. Empléate pues en lo que fuere de servicio y con-

suelo de tu prójimo en su lugar y tiempo, porque no quiero que con las demasiadas obras exteriores ahogues la devoción interior, que consiste en la profundidad de la voluntad, dispuesta á hacer con alegría y fervor lo que fuere de mi servicio y honra con abnegación de sí misma, buscándome puramente á mí, y estimándome en mas que todas las demás cosas, que es lo que sobre todo pido y quiero de tí. O si los hombres supiesen cuante me gusta morar en tales almas, y con cuanta alegría me les ofrezco, y con cuanta liberalidad me comunico al corazón desapegado de las criaturas, y que me busca á mí puramente, me desea con fervor, y solo me mira y espera á mí, sin querer recibir consolación en cosa alguna fuera de mí, ni aun en mí desea ser consolado, porque se reconoce indigno de mi consolacion, si-

no solamente que se cumpla en él mi voluntad! Este tal corazon, aunque carezca de la consolacion de las criaturas, le lleno yo de todos los bienes, porque no hay cosa que se pueda desear en la criatura, ni que se renuncie por mí, que no se halle cien veces mejor y mas pura y suavemente en mí. La hermosura, la suavidad, el deleite, la dulzura, la verdad, la consolacion, la presencia continua de la cosa amada, las riquezas, la gloria, el poder y todas las demás cosas que pueden dar deleite y desearse se hallan en mí con una excelencia infinitamente mayor que en ninguna criatura. La sola consolacion, hija mia, que se recibe con la presencia de mi bondad excede de tal manera todos los deleites del mundo, que en comparacion de ella son amargura. Y por esto si en el amar se

guardase el orden que se debe, deberia yo ser amado mas que ninguna criatura. ¡Pero ay dolor! Que dejando los hombres el sumo bien que soy yo, y despreciando la verdadera felicidad, aman á sí mismos, al mundo y á sus cosas, de donde les viene toda la quietud, y todos los males. ¿Cual es la causa de que los hombres así se engañen? Si les gusta el amor, ¿porque no me aman á mí, cuyo amor es casto, puro, santo, sencillo, á mí que soy infinitamente amable, esencialmente bueno, sin mezcla de cosa que no sea bien é infinito bien, cuyo amor está lleno de deleites, y con él se alcanza la bienaventuranza eterna? Qué bien trae consigo el amor del mundo, sino amargura, distraccion arrepentimiento y tristeza, y al fin acarrea la condenacion eterna? Ea pues, hija mia, déjalo

todo, -desprécialo, todo, vuélvete á mí con todo el corazón, y deseáme á mí solamente. Mientras estés apagada á las criaturas, no puedes dejar de infisionarte con viles deleites, é inquietarte y ocuparte con imaginaciones y distraerte con pensamientos. Yo al corazon que se acerca á mí, le recojo y junto conmigo y le doy paz, reposo y serenidad de conciencia. Siempre has de procurar y pedirme con oracion fervorosa el poder estar apartada de las criaturas, y siempre vuelta toda á mí, porque no lo podrás alcanzar si yo no te lo doy. Ten cuenta siempre con mi llamamiento y mocion interior, y síguela, entendiendo que este llamamiento mio no se aparta de lo que se contiene en la sagrada Escritura, ni de lo que mandan tus superiores, y asi debes caminar con simplicidad por el camino de

la obediencia sin estribar en tí misma. El amor es un tesoro incomparable, que solo debe depositarse en mí. Hija mía, donde está tu tesoro, allí está tu corazón: si quieres saber lo que amas, examina cual es aquello en que piensas más á menudo, de que te alegras de oír hablar, y que con más ansias deseas. Mira qué gran desatino es comprar el infierno con el tesoro del amor, lo cual hacen aquellos que apartando su amor de mí, le ponen en las cosas del mundo. Gime y llora de ver que me arrojan del corazón humano por el cual dí mi vida, que compré con el precio de mi sangre, y que le posé mi enemigo, el cual no busca ni desea otra cosa que llevarle consigo á la suma miseria, á las penas eternas, y al fuego que nunca se acaba.

CAPÍTULO XXXIV.

De las divinas alabanzas.

A
rda siempre en tí, hija mía, un deseo de alabarme, amarme honrarme, y agradarme perfectamente. Ten siempre en tu corazon una reverencia, temor y solicitud para conmigo, con lo que te pese de ver que se haga cosa que á mí me desgrade, y no solamente te has de guardar de ofenderme, pero has de procurar juntamente, en cuanto pudierés, que ningun otro me ofenda, y esto por el fidelísimo y fervorosísimo amor que me has de tener; el cual te ha de hacer querer y deseiar que yo sea honrado y glorificado de todas las criaturas, y que todas me conozcan, amen honren y sirvan. Si eres fiel esposa mía, antes has de deseiar

cien veces la muerte que consentir en un solo pecado, aunque sea venial; y aunque es verdad que no puedes estar mucho tiempo sin caer en alguno de estos, debes guardarte de consentir en alguno con aquella voluntad y ánimo deliberado, y esta voluntad no ha de extribar en tí, sino en mí. Al que me ama, yo le agrado, y se contenta de todas mis obras y mis juzgios, y me alabá siempre y en todo; no tiene necesidad de buscar materia de alabar me, porque el amor le da siempre materia para mis alabanzas. Es alabar me el pensar en mí amándome, y pensando en mí admirarse de mi grandeza y magestad, y admirándose desear que todos me magnifiquen y amen. Mi alabanza ilustra y alegra el espíritu, echa fuera la tristeza, y es una defensa para caminar con seguridad entre las pro-

periodades y las adversidades. Todo quanto intenta el demonio engañosamente contra el hombre, o procuran los demás hombres, mi alabanza con alegría lo menosprecia. ¡O cuánto se gozan y alegran mis santos Ángeles de oír los coros de aquellos que cantan mis alabanzas, especialmente cuando esto se hace con corazón puro; y ver que los hombres han en la tierra lo que los Ángeles en el cielo! Así como no tengo necesidad de que nadie me alabe, ni puede crecer mi gloria por ninguna alabanza, tampoco puedo ser alabado de criatura alguna cuánto debo ser alabado. Y así tú te has de tener por indigna de alabar me, pero has de desear alabar me cuantos pudieres, y con todo esto reconocer que no has hecho nada, en comparación de lo infinito que yo merezco, para que se manifieste

en tí que mi grandeza es superior á toda alabanza. Me debes alabar vocalmente, especialmente cuando el precepto de la Iglesia te obligare á ello, pero entiende que la alabanza que á mí mas me agrada es un profundísimo conocimiento de tu pequeñez y de tu nada, y de mi magestad infinita, y una entera sujecion y rendimiento á mi voluntad. Tambien me alabas cuando te conformas con mi voluntad, así en lo prospero como en lo adverso, y en todo me das gracias. Es tambien alabanza mia el huir de todo pecado, y trabajar en adquirir virtudes, desear mi honra, y procurar mi beneplácito y gloria, y mucho mas el procurar tener el ánimo purificado y libre de toda afición viciosa, y de toda acidia y disgusto á mis cosas, y estar unido conmigo con paz, tranquilidad y silencio de espíritu. Hija mia,

todo lo que se levantare dentro de ti, b. te viniere de fuerza refiere lo a mi, deseando que por mi gracia se convierta en gloria y alabanza mia; porque de esta manera todo se te convertira en bien y asu si sintieras que el demonio te trae algunas tentaciones feas, ya de blasfemia u otras cualesquiera, por horrendas que sean, conviértete a mi, y di luego r Señor Dios mio, o todas cuantas veces me trajere el demonio esto al entendimiento, os alabo y glorifico con todas aquellas alabanzas con que todos los espíritus celestiales os alaban en el cielo; y para confusión de mi enemigo y gloria de vuestra magestad os adoro y glorifico. Si te viniere algo que te cause tristeza, dí: Piadosísimo Señor, por la vuestra honra y por vuestro amor quiero sufrir esto de buena gana, y me ofrezco a sufrir, si vos quereis,

cualquier otra cosa, por mas
penosa que sea. Si fuere cosa
de alegría, dí: Suavísimo Dios,
esto viene de vos porque sois
fuente de todo bien; si vos
quereis, careceré de esto de
bien; ganaré y de todo tenanto
me puede dar contento en es-
ta vida, al por grado solamente
de vos y poseeros de vos mi
cot bien mio. Si y ves algun
gran número del gente, u otras
cosas, o alguna cosa muy her-
mosa y preciosa, dí: Herum-
sísimo, amabilísimo, omnipotente
y eterno Dios, tantas mil
veces, y millares de millares
de veces os alaben por mí los
angeles y bienaventurados en
el cielo, y toda la hermosura,
suavidad y preciosidad de to-
das las criaturas os glorifique.



En el que se expone el ejercicio
CAPÍTULO XXXV.

*Del ejercicio del amor, y
 con alabanzas divinas. otra
 parte de la vida contemplativa.*

Aparta tu pensamiento de las criaturas, y deja toda solicitud y cuidado de las cosas del mundo; y recogida de esta manera y ocupándote solamente en mí, levanta tu corazón con continuos y fervorosos suspiros, con unas oraciones encendidas, y unos ardentesísimos deseos de amarme con todo fervor, alabar me con perfección y cumplir enteramente mi voluntad, teniendo sed de verme a mí que soy hermosísimo, y de poseerme, pues soy la eterna felicidad de las almas, y de estar siempre conmigo, que soy suavísimo, bonísimo, y bienaventuranza infinita. Lleva siempre en tu entendimiento algo que meditar, con que

te enciendas en mi amor, pensando en mi dulzura y bondad, y admirándote y engrandeciendo mi grandeza, ó pensando en tu pequeñez e ingratitud, y humillándote por verte tal, ó compadeciéndote de todos los afligidos así vivos como difuntos, y rogándome por todos. Todo lo que hubieres de hacer, trátalo y consultalo conmigo, y aunque estés entre los hombres, acostúmbrate siempre á hablar conmigo en lo intimo del corazon. Mira de que modo puedes aumentar lo que es en honor mio, así en tí, como en tu prójimo, y hazlo con toda la diligencia posible, pero de tal manera, que ocupándote exteriormente, estés siempre recogida conmigo en lo interior. Si te acostumbras á esto, ninguna ocupacion exterior (con tal que sea moderada) te impedirá el ejercicio interior de mi amor, no po-

niendo apego á las criaturas con quienes tratas, sino conservando un corazon libre, y unido contigo. No te quejes, pues, ni digas que las ocupaciones exteriores te impiden el ejercicio de mi amor; qué solo lo hace tu indiscrecion y curiosidad, la inconstancia de tu corazon, tu flaqueza, y la mala inclinacion que aun vive en tí, porque de ahí te viene que tratando con las criaturas te ocupan el corazon, y este derramado no puede descansar en mí, ni estar segado en sí mismo. Pero si obligada de la caridad del prójimo ó de la obediencia te ocupas en alguna cosa exterior, y ves que por tu imperfeccion tu corazon se ocupa tambien en aquello, no te aflijas, que yo sabré remediar esta perdida: pero si ves que no puedes recogerte ni levantar el corazon hacia mí, eso es se-

ñal de que el ocuparte en aquella obra exterior no nació de pura caridad, sino que en ello se mezclo algo de amor propio, aunque no lo hayas advertido, y por no haber sido tan remirada como debias, has sido causa de tu daño. Pero con todo esto vuélvete á mí que estoy dispuesto para recibirte. Anda suspirando siempre por mí, porque si me deseas me hallarás, y si te dejo por algun tiempo, lo hago por tu bien. Yo soy quien despierto en tí estos deseos, y así los oiré y satisfaré. El principal que tengas sea de poseerme, y amarme con caridad pura, perfectísima y fidelísima, y que todas las criaturas racionales me amen de esta manera pues soy digno de infinito amor.

CAPÍTULO XXXVI.

De la transformacion del alma en Dios.

Elijia mia, si quieres poseerme enteramente, es menester que te dejes enteramente á tí misma, y que te resignes á padecer extrema pobreza, y estar privada de todo consuelo temporal para poder alcanzar el sumo bien. Anímate pues, y sufre de buena gana estar sin consuelo humano, sin amigos y sin que nadie te favorezca. Mira como un soldado deja sus amigos, su patria mujer, hijos y descanso, y se pone á los trabajos y peligros de la guerra por alcanzar un poco de honor ó de hacienda, y hazlo tú así para poder poseerme á mí. Tambien has de echar de tu memoria las imágenes, y representaciones

de las criaturas para pensar solamente en mí, y así ya sea que comas ó bebas, hables ó hagas cualquier cosa, has de tener siempre puestos los ojos en mí como en un espejo en que debes mirarte, y como un retrato perfectísimo de tu vida con quien has de procurar conformarte. Si comes, moja cada bocado en mis llagas: si bebes, mezcla la bebida con mi sangre: si hablas, considera que te estoy escuchando, y guárdate de hablar palabra que me pueda ofender: si callas, estáme escuchando á mí que te hablo en lo íntimo del corazón, y mira con atención qué es lo que te pido y lo que quiero de tí. Si te pones á dormir, reclínate sobre mi corazón y pon tu boca en la llaga de mi costado chupando mi gracia con tu aliento, y derramando lo íntimo de tu corazón en mí con la respiración.

Desea imitar mi profundísima humildad, mi mansedumbre y paciencia, mi purísima castidad, mi liberalísima piedad, y mi ardentísima caridad. Esté mi imagen siempre impresa en tu corazón, y echa fuera las imágenes de las cosas del mundo. No quiero que estés sin alguna imagen interior, ni que vuelles antes de tiempo, sino que te ocupes en la imagen de mi humanidad y pasión, hasta que yo te lleve adonde desnudá de toda imagen, y de todo ejercicio y discurso vengas á defallecer con un silencio y reposo maravilloso. Entretanto tenme presente como quien penetra todo tu interior, y hazte cargo de esta presencia mia. Considera que estoy en todo lugar, y soy inmutable, eterno, inmenso, incomprendible, y luz infinita; que soy todo amable, deseable, perfecto, sin defecto alguno, todo bueno, en

quién no hay cosa que no sea digna de amarse, todo fidelísimo y misericordiosísimo, comunicativo de mí mismo en grande abundancia, que amo con suma constancia y fidelidad á los que me aman y confían en mí; consolador suavísimo, protector poderosísimo, remunerador riquísimo y liberalísimo, que llena los deseos de las almas sobre todo cuánto se puede desear sin fastidiarlas jamás, satisface todos los deseos, y satisfaciéndolos los aviva más. Ocupe esta imagen todo tu entendimiento, para que con silencio y paz interior estés ocupada en mí, atendiendo siempre á conocer qué es lo que quiero que hagas ó padeczas, para que en todo te contentes con mi voluntad, y me sigas y sufras. Á tí misma te has de mirar como una cosa extraña, y que estás enteramente pendiente de mí. En

todo lo que haces considera con vigilancia qué es lo que te mueve, y procura que solo yo sea el fin de tus movimientos. Yo no sufro compañía en el amor, quiera descansar solo en tí, y por esto hasta que sea yo solo á quien buscas, no me hallarás perfectamente. Toma de las criaturas solo lo que te es necesario, y no ocupes en ninguna de ellas tu corazón, y déjate toda en mis manos, á mi voluntad y disposición. Búscame con bondad, y cuando me hubieres hallado, espérame de nuevo con entera fe y confianza apoyada en mi bondad y providencia, y si tardare, aguarda, que yo vendré. Ofrécteme toda á fin que te pasea libre, y desnuda de todo deseo propio y de todo amor de las criaturas, para que estés conmigo en aquella eternidad, que no tiene sucesión.

Sea este tu deseo, aspira a esto, y mira como de lejos todas las cosas de este mundo, como si estuvieses fuera de él, y como cosas que las tienes dejadas. Piensa que sola tú estás conmigo y yo contigo, como si no hubiese otra criatura. Todo lo que conocieres fuera de mí, tenlo por nada, y así conservándote superior á todas las cosas, ninguna te podrá dañar.

EPÍLOGO Y CONCLUSION.

Te he dicho todas estas cosas como hija y esposa mia, para que te sirvan como de regla para desnudarte del hombre viejo, y caminar con espíritu nuevo aspirando cada dia á mayor perfección: léelos pues esto muchas veces, y siempre que hallares haber faltado en algo, renueva tu proposi-

té, y comienza del nuevo. Y aunque te he dado esto para que lo leas, quiero tambien que en tu corazon me estés escuchando á mí, para que lo oigas allí de mí mismo. He querido darte en escrito estas inspiraciones, porque sé que muchas veces te deleitan las cartas y noticias de los amigos, las cuales distraen tu corazon, le inquietan ofuscan y dan desabrimiento, y así para que dejando estas cosas no te falte para leer algo que sea mio, te he escrito esto, á fin que leyéndolo, dejes por mi amar todas las cosas que te apartan de mí, y esta inspiracion debe serte tanto mas agradable cuanto te la doy yo que soy tu esposo, mas digno y de ser amado que ninguna otra cosa, y lo que aquí te digo se dirige á hacerte espiritual y tal que me agrades. No va dicho con palabras hermosas con que

solamente se recreen los oídos,
 pero contiene la verdad con
 la que se apacienta el alma
 que me ama. Resulta pues que
 debes procurar estar siempre
 velando. Yo estoy llamando á
 la puerta, ábreme hermana y
 esposa mia. Dame tu corazón,
 y deséame solo á mí, pues yo
 te quiero á tí, y ya que no
 me puedes poseer perfectamen-
 te mientras poseas algo fuera
 de mí, ni puedes gustar de mí
 mientras te amas á tí misma.
 El tiempo de esta vida es bre-
 ve, y lo que sigue despues de
 ella es eterno. Otra vez vuel-
 vo á advertirte que veles, pa-
 ra que me puedas tener por
 esposo, y tú ser digna esposa
 mia. Amame á mí que soy tu
 Señor y Redentor, piensa en
 mí, atiende á tí, considératet á
 tí, estás conmigo, persevera con-
 migo y vive en mí felicemente.
 Seas salva.

FIN DE LA OBRA.

T A B L A

De los capítulos que contiene
esta obra.

Coloquio interior de Cristo nites- tro Redentor al alma devota.	
CAP. I. <i>Alma de la Pag.</i>	1.
CAP. II. <i>Regla de vivir según el espíritu.</i>	21.
CAP. III <i>Como se ha de morir á los deseos é inclinaciones malas.</i>	25.
CAP. IV. <i>De la guarda de la lengua.</i>	28.
CAP. V. <i>De la vida apartada.</i>	30.
CAP. VI. <i>De no juzgar á nadie.</i>	33.
CAP. VII. <i>De la pelea contra los vicios.</i>	38.
CAP. VIII. <i>Que se ha de huir la ocasión de la tentación.</i>	52.
CAP. IX. <i>Como se han de vencer las tentaciones espirituales.</i>	54.

CAP. X. Del modo con que se ha de huir toda suerte de envidia.	57.
CAP. XI. Del modo de huir la singularidad.	58.
CAP. XII. De la devocion á la Madre del Hijo de Dios.	59.
CAP. XIII. de la devocion sensible.	63.
CAP. XIV. Del modo de acercarse á recibir el Santissimo Sacramento.	66.
CAP. XV. De la discrecion y prudencia en los ejercicios.	69.
CAP. XVI. De la conformidad con Jesucristo.	73.
CAP. XVII. De la pobreza.	75.
CAP. XVIII. De la humildad.	79.
CAP. XIX. Como se ha de alcanzar la humildad.	80.
CAP. XX. Que no se debe hacer caso de los juicios de los hombres.	89.
CAP. XXI. De la obediencia.	94.
CAP. XXII. De la mortificacion de la propia	

<i>voluntad.</i>	100.
CAP. XXIII. De la consideracion de la divina providencia.	102.
CAP. XXIV. Del sufrimiento y paciencia en las adversidades.	110.
CAP. XXV. De la falta de consolacion.	116.
CAP. XXVI. De la paz interior y mansedumbre del corazon.	118.
CAP. XXVII. Del amor al proximo.	120.
CAP. XXVIII. De la pueriza de corazon.	124.
CAP. XXIX. Como se han de referir puramente a Dios todas las cosas buenas.	127.
CAP. XXX. Que se ha de tener cuenta con las inspiraciones del Señor, y no menospreciarse su gracia.	131.
CAP. XXXI. Sobre el comunicar los dones de Dios.	136.

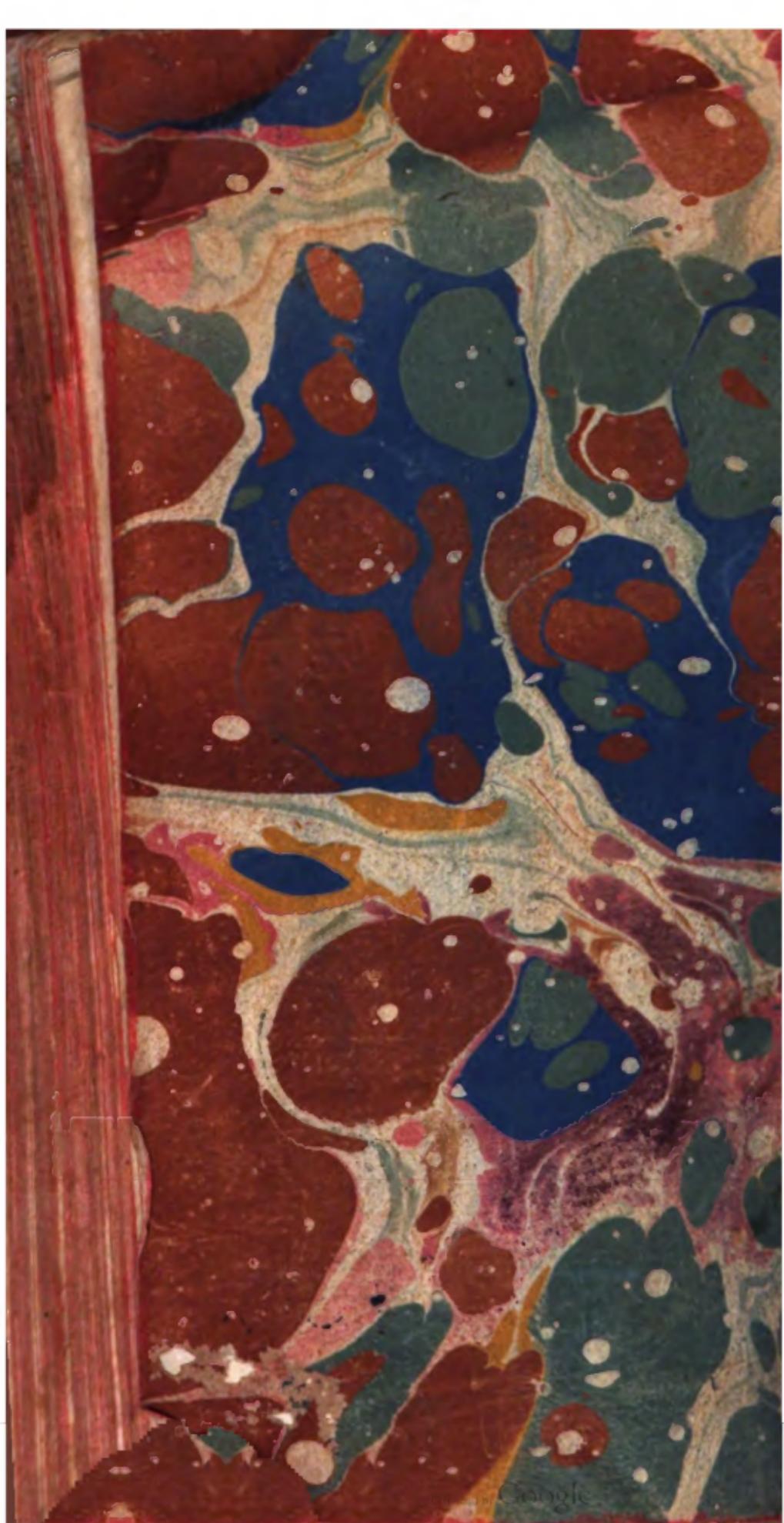
CAP. XXXII. <i>De la po- breza de espíritu.</i>	139.
CAP. XXXIII. <i>Del amor de Dios.</i>	141.
CAP. XXXIV. <i>De las divinas alabanzas.</i>	150.
CAP. XXXV. <i>Del eger- cicio del amor, y ala- banzas divinas.</i>	156.
CAP. XXXVI. <i>De la transformacion del al- ma en Dios.</i>	160.
<i>Epílogo y Conclusion.</i>	165.

Fin de la Tabla.

ERRATAS.

En la pag. 52 lin. 20 léese, no seas; y léase, no te seas. En la pag. 55 lin. 8 quieras, quieres. Pag. 58 lin. 6 ò oir, ú oir. Pag. 65 lin. 7 alguno, alguna. Pag. 79 lin. 21 tcniendote, teniéndo-
te. Pag 86 lin. 11 injurias. inju-
ria. Pag. 126 lin. 3 cualquier,
cualquier.

1. *Monographia*
2. *Monographia*
3. *Monographia*
4. *Monographia*
5. *Monographia*



BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001930365

BIBLIOTECA CENTRAL

A-24-8°
- 568-

190
INSTITUT

d'ESTUDIS CATALANS

BIBLIOTECA DE CATALUNYA

B